

La crisis del micro reformismo sin reformas,
la catástrofe económica y social de EE.UU.
y el debilitamiento mundial del imperialismo yanqui

Obama: ¿el Roosevelt que no fue?

Roberto Ramírez

El imperialismo norteamericano ya no es lo que era. Sin embargo, la situación económica, social y política de EE.UU. sigue estando *en el centro de la escena mundial*. En primer lugar, EE.UU. es el *epicentro de la crisis económica*. Y esto ha sido así por el papel, también central, que EE.UU. conserva en la configuración neoliberal del capitalismo, estructurada a partir de los 80, y en sus insostenibles *desbalances*, de los cuales el terremoto en Wall Street no fue más que su expresión financiera (ver en *Socialismo o Barbarie* 22 “La crisis global - El retorno del viejo fantasma”, por Roberto Sáenz, y en *Socialismo o Barbarie* 21 “Causas y consecuencias del tembladeral financiero”, por Claudio Testa).

Si pasamos de la esfera de la economía mundial al *sistema mundial de estados*, los avatares del imperialismo yanqui en este mismo período –desde la hora de gloria del hundimiento del “Imperio del Mal” con sede en el Kremlin hasta las malogradas aventuras coloniales de Bush en Iraq y Afganistán– también han sido y son críticos. Esos hechos, combinados con las dificultades económicas, han instalado un debate acerca del ocaso de EE.UU. en dos aspectos distintos, pero estrechamente relacionados: como *principal potencia* y como *“centro de gravedad” del capitalismo mundial*.

Sin embargo, más allá de los pronósticos de diferente signo al respecto y del indiscutible debilitamiento de su hegemonía, EE.UU. *sigue siendo el principal poder político-militar del planeta*, aunque conserve esa posición por “default”, como se consuela un analista norteamericano de derecha (Josef Joffe, “The Default Power - The False Prophecy of America’s Decline”, *Foreign Affairs*, September-October 2009). EE.UU., pese a sus problemas y su evidente declive, *aún no tiene inmediatamente reemplazantes*.

Asimismo, la relevancia mundial de lo que sucede con EE.UU. creció también por un hecho político: el *fenómeno Obama*. El fin del calamitoso período neoconservador marcaba de por sí un hecho significativo. Pero la subida de Obama a la presidencia apareció como un *cambio político trascendental* y de alcances mundiales: sus efectos benéficos –se decía– iban a derramarse por todo el planeta, después de las desastrosas experiencias de la era Bush.

El mito de Obama –que se montó en relativamente poco tiempo, mediante un operativo publicitario semejante al lanzamiento de una superproducción de Hollywood– tenía y tiene varias aristas.

En primer lugar, a nivel internacional se lo presentaba como un *cambio radical* de la criticada orientación neoconservadora llevada adelante por Bush. Una orientación que significó para EE.UU. implicarse en guerras coloniales que no han terminado (aún) en una debacle como la de Vietnam en 1975, pero lo han debilitado política y militarmente. El último clavo en el ataúd de los neoconservadores fue la crisis mundial, que terminó inclinando la balanza electoral hacia el candidato del “cambio”. Pero, como sucede en las series de vampiros, Drácula, en el siguiente episodio, sale de la tumba y vuelve a las andadas... como estamos viendo a menos de un año de “cambio” à la Obama.

Se decía que el nuevo presidente significaría una rectificación del hegemonismo y el unilateralismo bushistas y su reemplazo por una política de acuerdos y búsqueda de consensos, en primer lugar con sus tradicionales aliados de Europa occidental y central, pero también con Rusia, China y los “países emergentes”. En este contexto, América Latina era un capítulo especial, ya que la política de Bush, combinada con las rebeliones sudamericanas que inauguraron el siglo XXI, también habían debilitado la hegemonía yanqui y dado origen a gobiernos más independientes de EE.UU., aunque en muy distintos grados.

Pero el mayor logro de Obama en ese rubro fue el de que pudo embaucar a medio mundo, que lo tomó equivocadamente como pacifista, cuando en verdad su principal diferencia era sobre cuál era el teatro de operaciones en que EE.UU. debía volcar su poder militar. Obama sostenía que el blanco principal debía ser Afganistán y no Iraq.

Igualmente, la gestión doméstica de Obama tenía y tiene *dimensiones y consecuencias mundiales*, que se potencian por ser EE.UU. el epicentro de la crisis. Aquí también se prometía un gran cambio. Aunque sin mayores precisiones acerca de sus contenidos concretos, se daba por sentado que favorecería a las masas trabajadoras, a los más pobres, a las minorías y a la juventud: sectores con dificultades cada vez mayores para alcanzar el mítico “sueño (norte)americano”, cada vez más parecido a una pesadilla.

En esa esfera se alentaron ilusiones en que el “cambio” de Obama (convenientemente impreciso en su campaña electoral) alcanzaría dos aspectos estrechamente relacionados: una *transformación* más o menos amplia de la *configuración neoliberal del capitalismo* –de la que EE.UU. fue pionero a inicios de los 80– y una *política de “reformas sociales”* que revirtiese la polarización entre

ricos y pobres y la caída del nivel de vida de las masas trabajadoras y populares, parte esencial de la etapa neoliberal iniciada con Reagan en los 80.

Por esos motivos, y también por asumir la administración en los peores momentos del mayor torbellino económico-financiero desde la Gran Depresión, Obama ha sido comparado (y se ha autocomparado) con Franklin D. Roosevelt, presidente demócrata de 1933 a 1945. La administración Roosevelt, efectivamente, impulsó transformaciones importantes en la configuración del capitalismo estadounidense, que luego se generalizaron mundialmente.

Obama ha cumplido un año en la Casa Blanca, y ya en sus primeros meses era evidente que los prometidos “cambios” serían de menor cuantía y que estaría a kilómetros de seguir los rumbos del *New Deal* y ser el segundo Roosevelt. Sin embargo, tampoco es una *mera continuidad* de Bush. Lo de Obama podría definirse como incluso menos que un reformismo sin reformas: cambios tan miserables e insignificantes que no significan una remodelación a fondo del capitalismo estadounidense ni tampoco de la política global del imperialismo yanqui.

Al interior de EE.UU., la consecuencia ha sido una *profunda desilusión de las masas* que votaron a Obama, pero sin que todavía el movimiento obrero y social esté movilizado protestando y reclamando por esa estafa y por los duros golpes recibidos por la crisis. Este vacío abrió la oportunidad para que la iniciativa política fuese recobrada por la derecha.

A continuación, examinaremos los mecanismos políticos de EE.UU. bajo Obama, muy diferentes al bonapartismo o “arbitraje” reformista de Roosevelt. Un factor clave en este cuadro es la situación del movimiento obrero y de masas estadounidense, otra diferencia de importancia respecto del panorama de la anterior Gran Depresión. Por último, veremos el tan debatido problema de las perspectivas del imperialismo yanqui.

1. Contradicciones del micro reformismo sin reformas y en tiempos de crisis

Al mes de iniciarse su mandato, en un artículo del periódico *Socialismo o Barbarie* titulado “Los límites del ‘gatopardismo imperial’”, se señalaban las “presiones contrapuestas” que enfrentaba Obama, en “el imposible intento de conformar a tirios y troyanos”.

“Es que Obama –se añadía– es la encarnación de un gobierno redondamente burgués e imperialista pero bajo una expresión ‘progresista’ ante el escenario del derrumbe del consenso neoliberal imperante en el mundo y los propios EE.UU. desde finales de los años 70. Con qué reemplazarlo, nadie lo sabe.

“¿Será capaz Obama de realizar un *arbitraje* en relación a *quién pagará los dramáticos costos de la crisis* entre la propia clase dominante estadounidense, los demás estados imperialistas, los países ‘emergentes’ tipo China, India, Brasil

y México, y respecto de los trabajadores y el movimiento de masas en EE.UU. y el resto del mundial? Nos permitimos dudarlo. Porque no está nada claro que tenga la suficiente fortaleza como para *mediar eficazmente* ante el tremendo trastocamiento de las condiciones de la estabilidad mundial y las presiones contrapuestas de clases, estados y fracciones de clase.

“En todo caso, son estas dramáticas circunstancias las que ya están poniendo a prueba la eficacia de esta suerte de proyecto de ‘gatopardismo imperial’ (como bien lo definió el intelectual argentino Atilio Borón en *Página 12*, 21-1-09), proyecto que hasta ahora no parece atinar a ir mucho más lejos que una suerte de ‘neoliberalismo light’ de pacotilla” (José Luis Paredes, “Los límites del gatopardismo imperial”, SoB periódico 145, 19-2-09).

Los meses transcurridos han confirmado este pronóstico, con el añadido de que las expresiones “progresistas” de Obama no han pasado a mayores, ni en EE.UU. ni en el exterior.

Obama ganó la presidencia de EE.UU. (y también grandes simpatías en el exterior) agitando una palabra mágica: “cambio”. Pero resulta que los “cambios” son insignificantes... o son para peor. Esto coloca a su gobierno en una *contradicción cada vez más escandalosa* entre las enormes *expectativas* de transformaciones progresivas que suscitó –tanto a nivel nacional como internacional– y las miserables *realidades* de su mandato. Es un conflicto entre los deseos de cambio de las masas y el infierno que ofrece un capitalismo en crisis y un imperialismo en decadencia, que trata de recuperar su lugar por las buenas o por las malas.

En otras palabras, el “gatopardismo” de Obama está demostrado sus muy estrechos límites. En *El Gatopardo*, de Lampedusa, uno de sus personajes afirma: “Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”. Pero en el caso concreto que trata la famosa novela, ese “que todo cambie” fue nada menos que el gran movimiento revolucionario encabezado por Garibaldi que en 1860 derribó a la monarquía de los Borbones en el Reino de las Dos Sicilias para lograr la unidad nacional de Italia. Pero, al final, “todo siguió como estaba” porque el modo en que se procesó ese cambio –bajo la monarquía burguesa-liberal de los Saboya y no bajo una república “jacobina”– preservó la continuidad de las viejas clases dirigentes.

Aplicando esta profunda dialéctica “gatopardista” a EE.UU., podríamos decir que el gran reformista Roosevelt, al “cambiar todo” (incluso *contra* las opiniones de gran parte del establishment corporativo), le garantizó a la burguesía norteamericana la defensa de sus intereses *generales*, neutralizando la amenaza de la clase trabajadora, dando una salida al derrumbe de la Gran Depresión y, finalmente, conquistando el dominio casi total del planeta en la Segunda Guerra Mundial.

Por el contrario, Obama, al *cambiar muy poco o nada* (cediendo además a las presiones de los intereses particulares de tales o cuales sectores corporativos), lo que está garantizando es que sigan sin encararse los graves problemas estructurales del capitalismo estadounidense y, en general, los factores que lle-

varon a esta crisis de dimensiones comparables a la Gran Depresión. Es decir, que continúe su progresiva decadencia, que todavía se disimula en parte porque la creciente presión de las frustraciones, los sufrimientos y la rabia que se vienen acumulando en el “subsuelo” de la sociedad aún no han estallado.

Con fines electorales obvios, Obama mismo alentó tácitamente los paralelos con FDR, en primer lugar entre las masas trabajadoras y populares estadounidenses. Allí, la idea (mítica) de un Roosevelt salvador de la Gran Depresión conserva fuertes raíces, por las políticas asistencialistas y de creación de empleo de los años 30 pero sobre todo por el período posterior del *boom* de posguerra. Este período de prosperidad es presentado como el resultado final de las medidas tomadas por Roosevelt con el *New Deal*.¹

Por el contrario, las medidas de Obama en medio de la crisis no apuntan a una reestructuración del capitalismo yanqui (y mundial) comparable a la iniciada en los años de Roosevelt, lo que exigiría un cambio profundo en el “modo de regulación”² del capitalismo que ponga fin a su actual configuración neoliberal. Menos aún promueve Obama una *redistribución de la renta nacional* que implique una inversión de la tendencia a la creciente desigualdad de la sociedad estadounidense, que se viene profundizando escandalosamente desde los 80.

Esto es de fundamental importancia, porque, en ese sentido, EE.UU. todavía *hace marcar el paso al resto del mundo*. Los llamados a la “refundación del capitalismo” que hacían Sarkozy y otros charlatanes en los momentos de pánico de hace meses han quedado en el olvido. Ni siquiera se han dispuesto medidas drásticas de regulación de las finanzas, como fue la Glass-Steagall Act promovida por Roosevelt en 1933, cuya liquidación bajo Clinton marcó el pico de las contrarreformas neoliberales en ese terreno. Todo sigue más o menos igual que antes en EE.UU. y el resto del mundo... y la especulación financiera está otra vez desbocada.

¹ En verdad, sin subestimar el peso de las reformas de Roosevelt en la salida definitiva de la Gran Depresión, hay que tener en cuenta que esas reformas se combinaron con otros dos hechos decisivos: el primero, que EE.UU. ganó (junto con la URSS) la guerra imperialista más horrorosa de la historia humana: una destrucción masiva de capitales y vidas humanas que, de acuerdo con las leyes del capitalismo, sentó las bases para un vigoroso período de crecimiento con tasas de ganancia que nunca volvieron a ser igualadas; el otro factor, no menos importante, fue que las burguesías estadounidense y mundial estaban fuertemente presionadas por las luchas de los trabajadores y el temor al “comunismo”, que más que miedo a la burocracia del Kremlin era temor a la revolución obrera y socialista. Se cumplió una vez más la norma de que “las reformas y las conquistas son sólo un subproducto de la lucha revolucionaria. Si decimos que sólo pediremos lo que nos pueden dar, la clase dirigente sólo dará una décima parte o nada de lo que pedimos” (Trotsky, “Discusiones sobre el Programa de Transición”, en *El Programa de Transición*, La Paz, Crux, sin fecha, p. 135.

² Aunque, por supuesto, no adherimos al “regulacionismo” como concepción global, esta categoría puede ser útil para subrayar, contra el mito neoliberal, la decisiva *intervención* que tuvo y tiene el Estado en la configuración del neoliberalismo, al cambiar las reglas de juego de las relaciones obrero-patronales, de la gestión monetaria y financiera, la inserción en la economía mundial, los modos de intervención del Estado, etc.

**FRENANDO AL BORDE DEL ABISMO DE OTRA GRAN DEPRESIÓN,
PERO CON CONSECUENCIAS SOCIALES MUY GRAVES**

Obama y el resto de los gobiernos de los “países desarrollados” –es decir, de los centros del capital imperialista– han logrado, no sabemos hasta cuándo, *frenar la crisis al borde del abismo de otra Gran Depresión*, inyectando billones y billones, principalmente en los bancos y entidades financieras en bancarrota.

Como los demás gobiernos del Primer Mundo, Obama frente a la crisis aplica una especie de “liberal-keynesianismo”. Es decir, mantiene sin mayores cambios o sólo con retoques menores la “regulación” neoliberal, pero lanza al Estado a intervenir con billones de dólares en rescates para el sector financiero.³ Y el núcleo “duro” del neoliberalismo –que tiene que ver esencialmente con las relaciones de explotación de la clase trabajadora y sus “regulaciones” por el Estado– *se mantiene intacto*, o más bien con tendencia a empeorar.

Pero los costos de esta operación constituyen una *hipoteca* aterradora para los estados y sus deudas públicas. Esta hipoteca ya *se la están haciendo pagar a las masas* trabajadoras y populares. Evitaron –por ahora– el derrumbe financiero y otra Gran Depresión, pero dando *continuidad* a la crisis bajo las formas del *estancamiento* de la producción y sobre todo de fenomenales *tasas de desempleo* que no hay esperanzas de revertir sustancialmente.

Esto es particularmente grave en Estados Unidos. Mientras Wall Street vuelve a descorchar champán, EE.UU. bajo Obama se hunde en una *catástrofe social sin precedentes desde los años 30*. El indicador de la economía que realmente importa a la gran mayoría del pueblo no es el índice Dow Jones, sino el *empleo*. Y éste *se desploma cada vez más*.

³ “A pesar del congelamiento [en todos los países] de todas las reformas bajo consideración oficial, la tensión financiera se aquietó. Este resultado parece indicar que los vaivenes del ciclo son más sensibles al socorro a los banqueros que a la supervisión de sus operaciones.

“A diferencia de sus colegas ortodoxos, los keynesianos avalan la continuidad y la ampliación del gasto público. Pero olvidan las consecuencias desestabilizadoras de esos gastos. Como restringen todos los problemas del capitalismo a defectos de la administración gubernamental, imaginan que una buena dosis de intervención pública enmendará al sistema. Por eso le asignan al financiamiento oficial una capacidad mayúscula para disipar la recesión, como si este recurso tuviera elasticidad infinita y provisión garantizada de fondos hasta el fin de los tiempos.

“En cualquier caso, es importante registrar cómo la heterodoxia ha bajado los decibeles de sus críticas en la coyuntura de alivio financiero. Hay muchos signos de *subordinación al nuevo perfil del neoliberalismo*, que a su vez tiende a *remodelarse con mayores regulaciones estatales*. Ésta es la fórmula elegida por el establishment para salir de la crisis. Se busca preservar los atropellos contra los trabajadores *acotando los excesos* de la liberalización financiera, mediante cierto control sobre los bancos y los movimientos internacionales de capital.

“Si esta orientación se afianza, la vieja *convergencia entre economistas neoclásicos y keynesianos* podría asumir nuevas modalidades. No hay que olvidar que los reguladores de posguerra adoptaron los principios conservadores del libre mercado, mientras que el neoliberalismo de las últimas décadas mantuvo todos los instrumentos heterodoxos de la política anticíclica y el déficit fiscal. Muchas propuestas de reorganización bancaria, coordinación del gasto público y engrosamiento de las deudas estatales se ubican en esta perspectiva de *empalme keynesiano-liberal*” (Claudio Katz, “Crisis global I: un respiro en la turbulencia”, www.socialismo-o-barbarie.org, 1-11-09).

No es exclusiva de EE.UU. esta disparidad entre la euforia de las bolsas y el estancamiento de la producción y sobre todo la depresión del empleo. Pero es en EE.UU. donde esos contrastes son más notables. Esto escandaliza al mismo *New York Times*:

“La recuperación económica pagada por los contribuyentes, tal como es hoy, ha acentuado las desigualdades antes que atenuarlas. Wall Street [las finanzas] y Main Street [la economía ‘real’] están más ahogadas que nunca. Los hombres con cargas familiares y sin trabajo (más de 8 millones de los puestos de trabajo perdidos son masculinos) ven cómo los banqueros se vuelven a subir al tren de los *bonus* sustanciosos.

“[...] Desde que empezó la Gran Recesión, el empleo en EE.UU. cayó a un ritmo mucho más rápido que el de la producción nacional (6% contra el 3,8%), mientras que en Alemania y Japón la pérdida de empleos ha sido menor que la caída en la producción.

“En otras palabras, el empresariado estadounidense ha usado la crisis para recortar puestos de trabajo mucho más allá de lo que en rigor exigía la economía; prudencia brutal, la llamarían ellos. En todos los demás países, la preservación de los puestos de trabajo fue una prioridad [...] la consiguiente suba de la productividad en EE.UU. es apabullante. Las empresas estadounidenses son más competitivas que nunca, lo que finalmente podría resultar en un incremento del empleo. Pero por ahora, los nuevos desempleados se preguntan: ‘¿Qué recuperación? ¿Qué justicia?’

“Si las empresas aumentan las ganancias reduciendo empleos, y eso les da un aumento en su valor de Bolsa del 55%, en último análisis se está multiplicando la desigualdad’, afirma Hale. Ajá; no se puede obligar a las empresas a usar sus ganancias para contratar personal. Así es el estilo norteamericano.

“Nada de todo esto fortalece la república o la comunidad, ni da la sensación de que a todos se aplican las mismas reglas. Esto daña a Obama. En el mejor de los casos, aparece como impotente; en el peor, como cómplice” (Roger Cohen, “In This Together”, *New York Times*, 9-11-09).

EL VERDADERO DESEMPLEO ES EL MÁS ALTO DESDE LA GRAN DEPRESIÓN

La cifra oficial de desempleo (de “corto plazo”) en septiembre era del 9,8% (Labor Force Statistics from the Current Population Survey, US Department of Labor, October 2009). Pero en la mayoría de los estados donde están los centros productivos, sociales y culturales de EE.UU., como California, esa medida de desempleo ya *superaba los dos dígitos* (12,2%) En Michigan, cuya capital es Detroit, centro histórico de la industria del automóvil, llegaba al 15,3% (cit.).

Pero estas cifras fueron superadas cuando en noviembre se conocieron las cifras oficiales de octubre, que ya superaban los dos dígitos a nivel de todo el país: 10,2% para el desempleo “absoluto” y de “corto plazo” y 17,5% para la “medida más amplia” (“*broadest measure*”). ¡Esta última es *la cifra más alta desde la Gran Depresión!* (David Leonhardt, “Broader Measure of

Unemployment Stands at 17.5% - The highest level since the Great Depression", *New York Times*, 6-11-09). Pero expliquemos estas cifras para entender la catástrofe social en todas sus dimensiones.

Hay que tener en cuenta que, como sucede en todos los países, en EE.UU. las estadísticas también están diseñadas (y publicitadas) para *subestimar* el desempleo. Son en cierta medida una *prestidigitación estadística*, parientes estatales de la "contabilidad creativa" que usan los directivos de las corporaciones para evadir impuestos y estafar a accionistas y acreedores.

Como explicaba hace unos meses el economista Nouriel Roubini ("The Joblessness Threat", Project Syndicate, 15-7-09) y recientemente el mismo *New York Times*, la cifra de desempleo que más suele citarse de esas estadísticas excluye a una parte importante de los que realmente no tienen empleo digno de tal nombre. "La tasa de desempleo incluye sólo a las personas sin trabajo que han buscado empleo en las últimas cuatro semanas. La medición más amplia de la tasa de desempleo –que también incluye a los desocupados que no han buscado trabajo recientemente y a los subocupados que necesitan un trabajo de tiempo completo– alcanzó en octubre el 17,5 por ciento. Y la *tasa de desempleo de largo plazo* –el porcentaje de población desocupada que no ha tenido trabajo por más de seis meses– sigue batiendo récords: es ahora del 35,6 por ciento.

"Los datos oficiales de pérdida de empleos tampoco dan cuenta de los 2,8 millones de empleos adicionales que se necesitan para absorber a los nuevos trabajadores que se han sumado a la fuerza de trabajo durante la recesión. Cuando se suman estos empleos perdidos al total oficial, a la economía le faltan 10,1 millones de puestos de trabajo.

"Tomados en conjunto, los números pintan este crudo panorama: *en ningún momento desde la segunda posguerra ha sido más difícil encontrar trabajo*, planificar el futuro o –para decenas de millones de estadounidenses– simplemente salir del paso" ("Jobless Recovery", editorial, *New York Times*, 7-11-09, subrayados nuestros).

Si bien el gobierno y las corporaciones disimulan la verdadera catástrofe del empleo hablando sólo del 10,2% de la tasa de desempleo de "corto plazo", a las masas trabajadoras lo que les importa es la realidad que refleja esa *fenomenal* "broadest measure of unemployment rate" del 17,5%, de la que casi no se habla. Es que esa cifra indica con mucha más exactitud la imposibilidad de conseguir empleo o de tener un trabajo que permita algo más que no morir de hambre.

La otra cara de la moneda es que esta situación permite a los patrones imponer *condiciones brutales de superexplotación y bajos salarios* a los que aún tienen la suerte de trabajar. El cataclismo social ha sido aprovechado por las corporaciones para dar un *salto cualitativo* en la superexplotación de los trabajadores que todavía tienen empleo y que, a falta de una respuesta de lucha del conjunto del movimiento obrero, aceptan cualquier cosa para conservarlo. Por eso, el *Wall Street Journal* festeja eufórico que "la *productividad* estadounidense

se registró durante el tercer trimestre su mayor crecimiento en seis años, a medida que... las empresas seguían eliminando empleos para ahorrar dinero... La productividad en el sector no agrícola aumentó a una tasa anualizada del 9,5% en el tercer trimestre... La productividad se define como la producción por hora trabajada. [Asimismo] el costo laboral por unidad disminuyó a una tasa anualizada del 5,2% en el último trimestre. Los economistas habían proyectado una caída del 4,5% para el período. En el segundo trimestre, los costos laborales por unidad descendieron un 6,1%, porcentaje revisado frente a la estimación inicial de una merma del 5,9%” (Jeff Bater, “Sube la productividad en EE.UU.”, *Wall Street Journal Spanish*, 5-11-09).

Dicho más simplemente: producir lo mismo con menos trabajadores y pagando menos salarios. ¡Bendita sea la crisis, dicen los capitalistas que logran sobrevivir!

A este desastre hay que sumarle los millones de hogares que han perdido sus casas hipotecadas⁴ y los sectores pequeñoburgueses no asalariados con sus pequeñas empresas en bancarrota, porque, por un lado, se ha venido abajo el consumo, y por el otro, los bancos les han cerrado el crédito.

UNA CATÁSTROFE SOCIAL DE DIMENSIONES COLOSALES

Así, EE.UU. ha comenzado a transitar una *catástrofe social de colosales dimensiones*. Pero ni desde la Casa Blanca ni desde los gobiernos estatales se hace nada en serio para enfrentar esto. Como dice el antes citado *New York Times*, en este cuadro Obama “aparece en el mejor de los casos como impotente, y en el peor, como cómplice”. Y no hablamos de creación de empleos estatales federales a gran escala, como hizo el New Deal de Roosevelt. Ni siquiera hay un “asistencialismo de la miseria” de amplitud suficiente como paliar la crisis.

Los billones de los paquetes de “estímulo” se han agotado, y no fueron directamente a la creación de empleo sino ante todo al sector financiero. Obama (y antes Bush) –empleando el mencionado “liberal-keynesianismo”– los gastaron para “estimular” los bolsillos de Wall Street. Obama prometió que el resultado final de esas “ayudas” a los atribulados banqueros y especuladores de Wall Street sería la “creación o salvación de 3,5 millones de empleos”.⁵ En verdad, desde que comenzó la crisis se han perdido muchos más empleos de los que se

⁴ En contraste con la euforia de Wall Street, las cosas no mejoran para los deudores hipotecarios. A mediados de noviembre se informó que el “porcentaje de morosidad en préstamos hipotecarios alcanzó nuevos récords... la crisis de la vivienda parece empeorar... Se registró un atraso de 60 días o más en los pagos de más del 6% de todos los préstamos hipotecarios durante el tercer trimestre. En Nevada, la tasa de morosidad alcanzó el 14,5%. En California, dicha tasa superó el 10%” (“Percentage of Delinquent Mortgages Reaches New High”, *Democracy Now!*, 17-11-09).

⁵ El sitio oficial de la Casa Blanca prometía que “el plan de recuperación salvaría o crearía unos 3,5 millones de empleos” (www.whitehouse.gov/issues/economy). ¡Ahora, increíblemente, desde el oficialismo se argumenta que Obama cumplió su promesa! No se crearon empleos, pero gracias a los “estímulos” se “salvaron” 3,5 millones... algo que, por supuesto, es imposible de comprobar.

prometió generar, y esto no tiene perspectivas de revertirse. Es que si hay algo en lo que están de acuerdo hasta los pronósticos más optimistas es en que la pretendida “recuperación” viene “*sin empleos*” (“*Jobless...*”, cit.).

Éste es un problema mayúsculo de la supuesta “salida de la crisis”... y no sólo en EE.UU. Como señala *The Economist*, en los países “desarrollados” se marcha hacia una “*nueva normalidad*”, que no va a estar caracterizada precisamente por la abundancia de empleo:

“La desocupación sigue creciendo y buena parte de la capacidad instalada sigue ociosa. Muchas de las fuentes del actual crecimiento son temporales y precarias. La recuperación de stocks no va a impulsar por mucho tiempo la producción. En todo el mundo, lo que impulsa el gasto es la generosidad estatal, no el espíritu emprendedor. Los estímulos fiscales y monetarios en gran escala atemperan el perjuicio a los balances de los bancos y de los hogares, pero los problemas subyacentes se mantienen. En EE.UU. y en otras ex economías-burbuja, la deuda de los particulares es muy alta, y los bancos necesitan reforzar su capital. Eso puede indicar que el gasto de los consumidores va a ser más bajo y el costo del capital más alto que antes de la crisis. La economía mundial puede presentar algunos trimestres de crecimiento respetable, pero no va a llegar adonde habría podido si la crisis nunca hubiera tenido lugar” (“*After the storm - A ‘new normal’ for the world economy*”, *The Economist*, 1-10-09).

Hablando claro: la perspectiva por largo tiempo parece ser el *desempleo crónico de masas* combinado con un *subempleo aún más amplio en trabajos basura y superexplotados*: algo similar a lo que sufren desde hace décadas los países “subdesarrollados” del sur. En ese contexto, entre los países “centrales”, EE.UU. es el que está en peor situación: ha perdido proporcionalmente más empleos, es donde más sobra “capacidad instalada” y es también donde las normas del capitalismo neoliberal se aplican en sus modalidades más salvajes, sin mayores “colchones” estatales.

Estas diferencias se ven hasta en los paliativos de la crisis social. Ahora, cuando se les piden fondos para aliviar las penurias de las masas, tanto Obama como los gobernadores contestan que ya no es posible hacer más gastos ni endeudarse más. No hay más dinero para los desempleados ni los “sin techo” (aunque, por supuesto, este criterio no se aplica a los gastos militares, que siguen subiendo como si no hubiera crisis).

Esta política crudamente *clasista* comienza a levantar indignación entre las masas estadounidenses. Es ultrajante la escandalosa diferencia entre la tacañería del Estado con los trabajadores que han perdido el empleo y/o la vivienda y la generosidad con los bancos y financieras. Lo más provocador ha sido la auto-asignación de bonos multimillonarios a los ejecutivos de las financieras que sólo sobrevivieron gracias a la ayuda estatal. Pero el recorte de gastos refleja también otro problema muy grave, que hoy, en todos los países imperialistas, es

Sobre este sofisma, que retrata a Obama de pies a cabeza, ver Jackie Calmes and Michael Cooper, “*New Consensus Sees Stimulus Package as Worthy Step*”, *New York Times*, 20-11-09.

punto central de debate entre los políticos, los economistas del sistema y la misma burguesía. Se trata de *hasta cuándo* seguir volcando billones en “estímulos”, sobre todo al sector financiero, a costa de que los estados sigan *emitiendo dinero y/o endeudándose* desenfrenadamente.

Como el capitalismo del siglo XXI no ha descubierto la piedra filosofal mediante la cual emitiendo dinero o deuda pública se solucionarían las crisis, ahora hay que hacer frente a las consecuencias. Esto significa que “los estados enfrentan tres opciones brutales: inflación, fuerte presión fiscal o cesación de pagos” (“Perspective - Crise systémique globale”, *Global Europe Anticipation Bulletin* 39, 15-11-09). ¡Y si alguien está peor en ese sentido entre los grandes países capitalistas, es también EE.UU.!

Por esos motivos, en EE.UU. *llegó la hora del ajuste salvaje*. ¡Alguien tiene que pagar el festín de las “ayudas” y “rescates” a los banqueros!

El primer ejemplo lo dio el gobernador de California, Arnold Schwarzenegger. Esgrimiendo una tijera gigantesca, apareció por TV para anunciar el recorte de gran parte de los gastos sociales del Estado. Esto implicó, entre otras medidas, el despido de miles y miles de maestros primarios. De qué van a vivir los despedidos y cómo van a educarse los chicos cuyas familias no tienen dinero para pagar un colegio privado, son problemas sin importancia. El resto de los recortes ha tenido el mismo sentido ferozmente clasista: entre ellos, 1.300 millones de dólares menos para el programa de salud para las familias pobres y unos 124 millones menos para el seguro de salud de más de 900.000 niños de hogares con bajos ingresos. Lo mismo para los Homeless Center, en momentos en que en los suburbios de las ciudades de California crecen los campamentos de sin techo.

El gran ajuste de California ha sido el modelo que siguieron luego *todos* los gobernadores, tanto los republicanos reaccionarios como los “progresistas” demócratas.

HAMBRE ESTILO TERCER MUNDO EN LA “SUPERPOTENCIA”

Lo peor es que la crisis, el desempleo y estos recortes golpean sobre una situación social que ya venía grave, como lo ha revelado un reciente informe del Departamento de Agricultura:

“Informe del gobierno: *25% de los niños estadounidenses pasaron hambre el año pasado*. Nuevos datos gubernamentales indican que casi 50 millones de estadounidenses (incluido el 25% de los niños) tuvieron dificultades para obtener lo suficiente para comer. El Departamento de Agricultura llegó a la conclusión de que casi 17 millones de niños pertenecen a hogares en los que escasearon los alimentos el año pasado, es decir, cuatro millones más que el año anterior. Los datos del gobierno han causado sorpresa incluso a los activistas contra la pobreza. Vicki Escara, presidenta de la organización de beneficencia Feeding America, declaró: ‘Esto es inconcebible. *Es como si viviéramos en un país del*

Tercer Mundo'. La cantidad total de estadounidenses que pasan hambre probablemente sea *mayor*. El informe se basa en datos de 2008, cuando la tasa de desempleo alcanzó un pico de 7,2%. Desde entonces, dicha tasa se elevó a más del 10%" ("Gov't Report: Quarter of All US Children Went Hungry Last Year", *Democracy Now!*, 17-11-09).

Por su parte, *The New York Times*, en un editorial cuyo título es "*Hambre en EE.UU.*", amplía los informes sobre la situación "tercermundista" que sufren incluso los hogares donde aún alguien conserva su trabajo:

"Estos hechos ya son de por sí preocupantes, pero un estudio nacional mostró que incluso antes de que empezara la recesión más de dos tercios de las familias con hijos que se definían como en 'inseguridad alimentaria' incluían uno o más trabajadores de tiempo completo. Esto sugiere que millones de estadounidenses estaban desde antes de la crisis atrapados en empleos de bajos salarios que les hacían más difícil la tarea de alimentar adecuadamente a sus hijos.

"Según los nuevos datos nacionales, el número de personas en hogares que carecen de acceso apropiado a una buena alimentación aumentó a 49 millones en 2008, 13 millones más que el año anterior y la cifra más alta desde que el gobierno nacional comenzó a registrar estos datos, hace 14 años.

"Alrededor de un tercio de los hogares en esta situación sufrían lo que los investigadores llaman 'muy baja seguridad alimentaria', esto es, que los miembros de ese hogar comían salteado, reducían porciones o se quedaban sin comer en algún punto del año porque no tenían dinero. Los otros dos tercios se las arreglaban para alimentarse comiendo alimentos más baratos o menos variados, recurriendo a la ayuda oficial como bonos de comida o asistiendo a ollas populares [*food pantries and soup kitchens*], que en los últimos años tienen una concurrencia cada vez más asidua.

"Las familias con recursos insuficientes normalmente alimentan a sus hijos primero, protegiéndolos lo más posible de las privaciones. Pero los nuevos datos muestran que el número de hogares con niños expuestos a 'muy baja seguridad alimentaria' [un eufemismo para no emplear la desagradable palabra 'hambre'] subió de 323.000 en 2007 a 506.000" ("Hunger in the United States", editorial, *New York Times*, 17-11-09).

Efectivamente, millones han ido ingresando a una situación tercermundista. Mientras tanto, en contraste con lo que sucede con el empleo y el nivel de vida, Wall Street vive otra orgía especulativa, inflando nuevas burbujas con el dinero regalado de los "rescates".

LA BURLA DE LA REFORMA AL SISTEMA DE SALUD

En síntesis: al interior de EE.UU., la *única* acción firme y decidida de la administración Obama ha sido la de *continuar y ampliar los billonarios rescates financieros* ya iniciados en tiempos de Bush. En contraste con eso, las micro reformas "progresistas" que Obama había prometido llevar adelante se han

dejado de lado o han ido achicándose o encallando en los laberintos legislativos donde reinan los lobbies. El mayor ejemplo es la tan meneada “reforma del sistema de salud”. Ésta fue una de las promesas centrales del “cambio” de Obama.

En este tema, EE.UU. está en una situación escandalosa entre los países del “Primer Mundo”. Tiene el peor sistema de salud, mientras su costo per cápita es el doble de países como Francia o Canadá, que están en los primeros puestos del ranking de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

La clave de este costoso desastre es la *mercantilización total de la salud*, en manos de los bandidos de las aseguradoras, las clínicas privadas y las corporaciones farmacéuticas. Esto deja a unos 40 millones de estadounidenses sin atención médica. Y al resto, a merced de los leguleyos de las compañías de seguros (especialistas en encontrar motivos para eludir el pago de tratamientos), mientras los mercaderes de la muerte de las clínicas y las farmacéuticas se las arreglan para aumentar las facturas.

Sólo una minoría de millonarios, con recursos suficientes para pagar seguros médicos de primera categoría y tratamientos costosos, está por encima de estos problemas.

Ahora la crisis agravó todo esto. Los millones de nuevos desempleados han perdido también su seguro médico. Además, obra en el mismo sentido el aumento brutal de la franja con empleos precarios y bajos salarios.

Ya las propuestas iniciales de Obama para brindar servicios de salud para todos tenían un punto de partida capitulador ante el trío mortal aseguradoras-clínicas-laboratorios. En vez de implantar el sistema de “single payer” (prestador único), como en Europa o Canadá, Obama comenzó proponiendo “híbridos” que dejaban un amplio margen a esos gángsters. Esto tiene que ver con la política general de Obama de buscar siempre “acuerdos” y “consensos” con la derecha republicana y las corporaciones.

Por supuesto, la propuesta inicial fue derriéndose al calor de la irreductible oposición de los republicanos y del juego de pinzas que hicieron los lobbies corporativos. Por un lado, estas corporaciones financiaron la más violenta y militante oposición a reformar nada del sistema de salud, rechazando las propuestas “comunistas” de Obama. Por otro lado, tras bambalinas, personajes de estas mismas corporaciones participaban de la elaboración de los sucesivos proyectos de “reforma”. Con ese doble juego, fueron logrando minimizar cada vez más los cambios en los textos finalmente votados en la Cámara de Representantes y el Senado.

Quien resumió bien el resultado de esta operación nada sutil fue Howard Dean, antiguo presidente del Comité Nacional Demócrata: “El lobby de los seguros de salud escribió gran parte de este proyecto de ley... este proyecto debería ser roto en pedazos en su totalidad y rehecho...” A lo que agregó: “No creemos que haya habido una gran pelea desde la Casa Blanca” (Stephen Foley, “Healthcare reform reaches US Senate”, *The Independent*, 21-12-09). De muchas maneras, lo ocurrido con este proyecto emblemático del “cambio” de

Obama retrata de pies a cabeza el micro reformismo sin reformas del nuevo presidente.

2. Política exterior y guerras coloniales: “Business as usual”

Si pasamos a la política exterior, cuyo punto candente son las guerras heredadas de Bush, el balance no es muy distinto.

El “liberal-keynesianismo” de Obama en la esfera económica se corresponde con una especie de “neoconservadorismo progresista” (“liberal neoconservatism”) a nivel de política exterior (Michael Schwartz, “The liberal neocon - The paradox of liberal foreign policy”, ISR 67, September-October 2009). Pero los contenidos imperialistas de esa política (que esencialmente no difieren de los de Bush) terminan chocando con las formas y modales “progresistas” con que se los pretende hacer pasar.

Así, Obama hizo solemnes repudios a la tortura y promesas de cerrar Guantánamo, para luego profundizar la guerra colonial en Afganistán, extenderla a Pakistán... y mantener Guantánamo, mudándolo a EE.UU. Y esto sin llevar a cabo, realmente, la prometida retirada de Iraq, que fue una de sus principales banderas electorales.

Con respecto a América Latina, se presentó con su show habitual en abril en la V Cumbre de las Américas, en Trinidad-Tobago. Allí prometió que el famoso “cambio” también se daría en las relaciones con América Latina. Obama ensayó un reestreno de la “política del buen vecino”, exitosa línea de Roosevelt que le permitió al imperialismo yanqui extender sus garras en casi todo el continente sur. Pero, a las pocas semanas, el golpe en Honduras y la instalación de las siete bases militares en Colombia malograron la recepción de esta comedia, que bajó de cartel rápidamente.

El gobierno de Obama pretende conjugar una *continuidad en lo esencial de los objetivos estratégicos* del imperialismo yanqui con un *cambio de tácticas y modales* que tienen que ver con el debilitamiento de su hegemonía mundial... y sus intentos de recuperarla por vías más “inteligentes” que las de Bush, como dijo la secretaria de Estado Hillary Clinton. Pero ese “smart power” (poder inteligente) pone, a su vez, a la política exterior de Obama en una malla de *contradicciones y tensiones opuestas*, que inicialmente la política brutal y directa de Bush, en su primera presidencia, no tenía.⁶

⁶ A pesar de haber logrado la reelección, el segundo período de Bush, de 2005 a 2009, fue de crisis. Los fracasos obligaron a un giro pragmático en su política exterior y de guerra. Sus aspectos fundamentales fueron el progresivo abandono del unilateralismo, la negociación de acuerdos y acciones conjuntas (especialmente con los imperialismos europeos vía la OTAN) y la legitimación de las aventuras coloniales mediante resoluciones de la ONU, negociadas con la UE, Rusia y China. A nivel político-militar, el cambio de orientación se reflejó en el despido del “neocon” Donald Rumsfeld al frente del Pentágono y su reemplazo por Robert Gates, republicano “tradicional”, crítico de los “neocons”. Con Obama, Gates siguió conduciendo el Pentágono. Esto ilustra no sólo los elementos de *continuidad*, sino también que la reorientación había comenzado *antes*.

Hasta ahora, además de la legitimación final del golpe en Honduras, la principal resultante de esas tensiones opuestas no es precisamente “progresista”, sino una *escalada de las guerras coloniales* emprendidas bajo la anterior administración... y una profundización de las crisis que ellas acarrearán. Con un número de soldados y un gasto militar mayor que en los años de Bush, el flamante Nobel de la Paz no sólo mantiene la ocupación de Iraq, sino que ha redoblado la guerra en Afganistán y la ha extendido a Pakistán. El problema es que no le va muy bien en estas jugadas: el “smart power” no parece tener más éxito que su predecesor.

La gran diferencia con Bush es que, como Obama es “progresista” (*liberal*), ya no se habla del “choque de civilizaciones” ni de la cruzada santa contra el Islam, como en las épocas de Bush. Ahora, supuestamente, se está en una especie de misión humanitaria para librar a EE.UU., Europa y el resto del mundo de la amenaza de Al Qaeda, y sobre todo para llevar a los desdichados afganos, paquistaníes y otros pueblos los beneficios de la civilización, la paz y el progreso.

La escalada de guerras coloniales en Afganistán-Pakistán se complementa con una farsa “progresista”: la *supuesta retirada de Iraq*. Las tropas yanquis se retirarían... de las ciudades iraquíes a sus bases en el mismo país. Asimismo, más de 100.000 militares y “contratistas” privados se quedarán como “asesores” y otras etiquetas para disimular lo que sigue siendo una *ocupación colonial*. Y los que salgan no irán a EE.UU., sino a Afganistán-Pakistán. La opereta de la “retirada de Iraq” ilustra las diferencias entre el tosco Bush y el fino progresista Obama.⁷

UNA POLÍTICA DE ESTADO PARA EL DOMINIO MUNDIAL

Esta *continuidad estratégica con cambios tácticos* tiene que ver con la cuestión que ha estado en el centro de la política exterior y de las guerras del imperialismo yanqui desde 1991: el dominio de la región mal llamada “Medio Oriente”⁸, que abarca desde las costas orientales del Mediterráneo hasta las fronteras de Pakistán con India y China, y desde la frontera sur de Rusia hasta el Mar Árabe. Esto no es un capricho de tal o cual presidente ni de una

⁷ Un buen análisis de la pseudo retirada de Iraq y de las características del régimen colonial que se pretende legitimar puede verse en Michael Schwartz, “Colonizando Iraq. La doctrina Obama”, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 19-7-09.

⁸ La vaguedad e imprecisión del término “Medio Oriente” tiene que ver con sus orígenes y trayectoria colonialistas. “El nombre de Medio Oriente es la traducción castellana de *Middle East*, que acuñaron los británicos en siglos de colonialismo sobre Asia Occidental y el Norte de África. El término Medio Oriente es problemático, porque no tiene fronteras bien definidas. Con frecuencia se refiere solamente a las zonas árabes del Asia Occidental e incorpora Egipto y Sudán. En otras oportunidades, dentro de esa vaga connotación se incluyen también las áreas no árabes como Turquía e Irán. Para complicar aún más el asunto, para algunos colonialistas británicos el Medio Oriente también abarca Afganistán y Pakistán” (Roberto Marín Guzmán, *Introducción al estudio del Medio Oriente islámico*, UCR, Costa Rica, 2007, p. 13). Para mayor confusión, en los momentos de gloria de Bush, Condolezza Rice lanzó la “Iniciativa para un Amplio Oriente Medio y Norte de África” (aprobada en una cumbre del G-8). Este

corriente política en especial (como los neoconservadores), sino una *política de Estado* del imperialismo yanqui, basada en *profundos motivos geopolíticos*.

La importancia de esta región para el imperialismo yanqui venía de antes. Es, por ejemplo, la base de la “relación especial” anudada con el Estado de Israel a mediados de los 60. Una relación que ha convertido de hecho a Israel en el estado N° 51 de la Unión y al lobby israelí en uno de los principales factores de poder *internos* en EE.UU., detrás de la escenografía de la “democracia representativa”.

Pero la trascendencia geopolítica de esta región para EE.UU. *dio un salto cualitativo* luego de que el desmoronamiento del bloque soviético y después de la misma URSS *cambiara radicalmente* la configuración del sistema mundial de estados.

No es casual, por eso, que, con la Guerra del Golfo contra Iraq (1991) las operaciones coloniales directas de EE.UU. en esa región se iniciaran simultáneamente con el derrumbe del dominio soviético (la retirada de Afganistán, la caída del Muro de Berlín, la disolución del bloque soviético en 1989 y el fin de la Unión Soviética en 1991). Por supuesto, no es que antes el imperialismo yanqui no operase a fondo en esa región y no tuviese incluso bases militares en algunos de esos países (como Turquía). Pero sus operaciones se daban esencialmente *por intermedio de estados y gobiernos de la región*, en primer lugar, de Israel, Arabia Saudita y el sha de Irán, luego de Egipto, las dictaduras de Pakistán, etc. Pero el *vacío geopolítico* creado en el corazón de Eurasia por el desplome del bloque soviético *modificó todo*.

El control del centro de la masa continental euroasiática es considerado por el establishment del imperialismo yanqui como un elemento *clave* de su dominio mundial. La razón es simple: se trata de resolver el problema de cómo una potencia que está *por fuera* de Eurasia pueda ejercer el dominio de *toda* Eurasia y, por lo tanto, del mundo en su conjunto. Si a eso le agregamos que, simultáneamente, esa región concentra gran parte de las reservas energéticas del planeta, su dominación por parte de EE.UU. es *cuestión de Estado*, cualquiera sea el presidente, Bush (padre), Clinton, Bush (hijo) u Obama.

Zbigniew Brzezinski⁹ expone con gran claridad esta cuestión en su clásico *The Grand Chessboard - American Primacy and Its Geostrategic Imperatives* (El gran tablero de ajedrez - La primacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos), un libro de lectura obligatoria para entender los fundamentos de la polí-

ambicioso plan de “remodelación” colonialista abarcaba ¡desde Marruecos a Afganistán! (ver Loles Oliván, “La ‘Iniciativa para un Amplio...’”, www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 20-6-04).

⁹ Teórico geopolítico del imperialismo yanqui, como asesor de Carter diseñó una estrategia en la “Guerra Fría”, en especial en relación con Afganistán, que fue un elemento importante en el derrumbe del bloque soviético. Bajo su asesoramiento, Carter comenzó a armar y financiar guerrillas tribales-islamistas contra el gobierno pro Moscú de Kabul. Las sangrientas peleas entre las fracciones del stalinismo afgano y el crecimiento de las guerrillas motivó a la burocracia del Kremlin a pisar la trampa de iniciar la ocupación militar de Afganistán en diciembre de 1979. Se iniciaría así el Vietnam de la burocracia de Moscú. La paradoja es que hoy EE.UU. está metido en el mismo pantano. Los antiguos “freedom fighters”, financiados por la CIA y Arabia Saudita a través de personajes como Osama Bin Laden, devinieron en los actuales “terroristas islámicos”.

tica exterior del imperialismo yanqui y las guerras que ha desatado desde 1991:

“Desde el momento mismo en que los continentes comenzaron a interactuar políticamente, hace unos 500 años, Eurasia ha sido el centro del poder mundial. De diferentes maneras, en diferentes épocas, los pueblos que habitaban Eurasia, sobre todo los de su límite en Europa occidental, penetraron en y dominaron a las demás regiones del mundo, a medida que los estados individuales euroasiáticos alcanzaban un status especial y disfrutaban los privilegios de ser las potencias dominantes del mundo. La última década del siglo XX fue testigo de un terremoto en la política mundial. Por primera vez, una potencia no euroasiática emergía no sólo como el árbitro de las relaciones de las potencias euroasiáticas, sino también como la potencia primordial del mundo. La derrota y el colapso de la URSS fue el paso final del rápido ascenso de una potencia del hemisferio occidental, Estados Unidos, como la única y, en verdad, la primera potencia verdaderamente global.

“Eurasia, no obstante, mantiene su importancia política. No sólo su límite occidental, Europa, que sigue siendo donde se localiza buena parte del poder político y económico mundial, sino su región oriental, Asia, se ha convertido últimamente en un centro vital de crecimiento económico y una creciente influencia política. De aquí que la cuestión de cómo EE.UU., con su compromiso global, maneja las complejas relaciones de poder euroasiáticas –y especialmente si evita el surgimiento de una potencia euroasiática dominante y antagónica– es central con respecto a la capacidad de EE.UU. de ejercer su supremacía global. [...] Es imperioso que no surja ningún contrincante euroasiático que sea capaz de dominar Eurasia y así desafiar a EE.UU.” (Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard - American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, New York, 1997, pp. XIII y ss.).

Basta mirar un mapamundi para darse cuenta de que uno de los principales requisitos (aunque no el único) para solucionar este problema geopolítico es asentarse firmemente en medio de los dos “centros vitales” euroasiáticos: “el límite occidental, Europa” y “la región oriental, Asia”. Como además allí están situadas las mayores reservas de energía del planeta –por sus tierras se extienden los principales oleoductos y gasoductos, desde sus puertos salen la mayor parte de los barcos petroleros, y en sus mares al sur circula buena porción del comercio mundial–, dominar esa región se vuelve, entonces, no sólo geopolíticamente imperativo sino también *un gran negocio*.

DE BUSH A OBAMA: CONTINUIDAD Y DIFERENCIAS

Pero, a partir de ese objetivo estratégico común, en la burguesía imperialista y, en general, en el establishment norteamericano surgieron *distintas políticas* sobre cómo llevarlo a cabo. Una de ellas fue la de los neoconservadores¹⁰, apli-

¹⁰ Es de subrayar que la política alternativa neoconservadora fue formulada explícitamente *al mismo tiempo*. Se trata de una división en el establishment norteamericano que está lejos de haberse cerra-

cada en forma químicamente pura en los primeros años de Bush, con los desastrosos resultados a la vista: “Desgraciadamente, el liderazgo de EE.UU. ha contribuido en los últimos años, sin intención, pero imprudentemente, al amenazante estado de cosas actual. La combinación del unilateralismo arrogante de Washington en Iraq y la agitación demagógica islamofóbica han debilitado la unidad de la OTAN y focalizado el renovado resentimiento musulmán sobre EE.UU. y Occidente en general”, señala el citado Brzezinski, que en su momento fuera uno de los críticos más duros de Bush y los neoconservadores (Zbigniew Brzezinski, “An Agenda for NATO - Toward a Global Security Web”, *Foreign Affairs*, September-October 2009).

Sin embargo, ahora, cuando en la Casa Blanca siguen los consejos de Brzezinski, a Obama *no le está yendo mucho mejor* que a Bush. La retórica “progresista” de Obama no ha resultado más convincente para afganos, paquistaníes, iraquíes, palestinos y demás pueblos de la región que la “demagogia islamofóbica” de Bush. El problema es que, con letra diferente, la canción es la misma: la del colonialismo.

“El programa de Obama es también inquietantemente familiar en otro sentido –señala un comentarista antes citado–: el colonialismo del siglo XIX, tal como lo practicaban Inglaterra, Francia y otras naciones europeas, unía la conquista militar con civiles sobre el terreno designados para administrar y transformar la vida económica y social del pueblo sojuzgado, y luego desarrollar un régimen cliente que pudiera participar en el mantenimiento del sistema económico-social recién instalado. El plan de Obama contiene todos estos elementos.

“Además, en el siglo XIX, los colonialistas europeos se presentaban y se veían a sí mismos como progresistas. Consideraban sus políticas como esfuerzos para reemplazar economías atrasadas por el capitalismo occidental, reformar gobiernos locales corruptos e ineficientes y elevar el estándar de vida de los ciudadanos comunes. La visión de Obama contiene también todos estos objetivos. Al desarrollar el neoconservadurismo progresista, la administración Obama ha redescubierto el colonialismo” (Michael Schwartz, “The liberal neocon...”, cit.).

Este rechazo a la “nueva” política no sólo proviene de las víctimas directas de las acciones bélicas y la ocupación militar de EE.UU., como los afganos, paquistaníes e iraquíes, sino de todos los pueblos de la región, más allá de que la mayoría de sus corruptas élites estén al servicio de Washington. El colonialismo “benefactor” y “progresista” de Obama no ha resultado más atractivo para esos pueblos que el colonialismo neoconservador e islamofóbico.

do por el fracaso de Bush. Efectivamente, en el mismo año de 1997 aparecía el manifiesto fundacional “neocon”, el “Project for the New American Century”, firmado por casi todos los que compondrían el staff del primer gobierno Bush. Un análisis de este programa puede verse en “Tendencias de la situación mundial”, *Socialismo o Barbarie* 19, diciembre 2005, pp. 41 y ss.

UN TEMA CLAVE: LA SITUACIÓN DEL PUEBLO PALESTINO

En este cuadro, un punto crucial es también la *situación del pueblo palestino*. Aunque no existiesen la ocupación de Iraq ni la guerra de Af-Pak, los crímenes de los colonizadores sionistas y el apoyo incondicional que les da EE.UU. bastarían para alimentar el odio popular al imperialismo yanqui en toda la región. Lo de Palestina es otro capítulo que desnuda no sólo los contenidos del imperialismo “progresista”, sino también el peculiar “modo de gobernar” de Obama.

En relación con esto, sucedió algo parecido a lo del show de la “Cumbre de las Américas”. El 4 de junio pasado, Obama, desde El Cairo, dio un solemne discurso al mundo árabe e islámico tratando de restañar las heridas abiertas o agravadas por Bush. Fue otro de sus resonantes shows internacionales. Un punto fundamental fue Palestina. Obama admitió que “es también innegable que el pueblo palestino –musulmanes y cristianos– ha sufrido en el empeño por su patria. Durante más de 60 años han soportado el dolor del desarraigo. Muchos siguen esperando, en los campos de refugiados de Cisjordania, Gaza y los países vecinos, una vida de paz y seguridad que nunca han logrado tener. Soportan las humillaciones cotidianas, grandes y pequeñas, que conlleva la ocupación. Por lo tanto, que no quepan dudas: la situación del pueblo palestino es intolerable. EE.UU. no le dará la espalda a la legítima aspiración palestina de dignidad, oportunidades y un estado propio” (“Obama Speech In Cairo”, *The Huffington Post*, 4-6-09).

Luego tocó un punto concreto muy sensible: “Estados Unidos no acepta la legitimidad de la continuación de los asentamientos israelíes. Esta construcción viola acuerdos previos y socava los esfuerzos para alcanzar la paz. Es hora de que esos asentamientos terminen” (ídem).

Como era de esperar, hubo una negativa rotunda de parte del gobierno de Netanyahu y Lieberman, un hombre que ha propuesto “resolver” el “problema” palestino arrojando una bomba atómica en Gaza y “trasladando” la población de Cisjordania a los países vecinos (“Lieberman: Treat Hamas like Japan in WWII”, AFP, 13-1-09). Es que la “limpieza étnica” es la base de Israel como estado colonial-racista: *fue fundado sobre esos cimientos*. Y la mayoría de los colonizadores no quiere renunciar a la perspectiva de su consumación mediante el “traslado” y/o exterminio (como propone Lieberman) de lo que reste de palestinos.

El paso siguiente de este “contencioso” entre Obama y el dúo Netanyahu-Lieberman no pudo ser más significativo: *fue la Casa Blanca la que cedió* ante la prepotencia del gobierno de Israel y del lobby sionista de la AIPAC en EE.UU. En efecto, Washington, por boca de la secretaria de Estado, finalmente terminó declarando que *retira* la exigencia de parar totalmente los asentamientos. Y para que no quedaran dudas, Hillary Clinton viajó especialmente a Israel para reconocerlo públicamente frente a Netanyahu, lo que no dejó de tener cierto aire de humillación para la Casa Blanca (Ian Black, “Arab anger as Hillary Clinton

backs Israel on settlements”, *The Guardian*, 2-11-09). Aunque luego el gobierno de Israel ha mediatizado esto, lo esencial es que se salió con la suya frente a Obama.

Aquí también, como dice el *New York Times*, Obama “aparece en el mejor de los casos como impotente; en el peor, como cómplice” frente a los sectores populares que pretende atraer.

LA “GUERRA DE OBAMA” ENTRA EN CRISIS MÁS RÁPIDO QUE LAS DE BUSH

Pero hoy el *centro del huracán geopolítico* para Obama no está ni en América Latina (a pesar de la importancia de hechos como el golpe de Honduras y las bases en Colombia), ni en las problemáticas relaciones con Irán (oscilando entre bombardearlo por intermedio de Israel o desarrollar los acuerdos con Ahmadinejad para enfrentar la insurgencia talibán¹¹ y sostener la estabilidad del régimen colonial de Iraq¹²), ni en el reestreno de la farsa de “los dos estados” en Palestina, ni en las recurrentes tensiones con Rusia por la expansión de la OTAN. Tampoco en los problemas con China, que aún no son bélicos sino de orden económico.

El *gran problema* es la llamada “guerra de Af-Pak”. Es decir, el empeoramiento de la situación de los ocupantes imperialistas en Afganistán y la extensión de las operaciones militares a Pakistán, algo que de hecho había iniciado Bush, pero que el nuevo presidente amplió hasta convertirla en un conflicto hoy conocido también con su propio nombre: la “guerra de Obama” (Immanuel Wallerstein, “Obama’s War”, *Agence Global*, 1-4-09).

Posiblemente tiene razón Tom Engelhardt, un agudo analista estadounidense, cuando traza el paralelo entre la actual orientación de Obama en la nueva guerra de Af-Pak y la de los presidentes demócratas Kennedy y Johnson en los 60, de “escalada” de la guerra de Vietnam, extendiéndola a Camboya y Laos (Tom Engelhardt, “El inconsciente imperial”, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 15-3-09). Esto, que pareció en su momento la “solución” para ganar la guerra, terminó ampliando las dimensiones de la derrota posterior.

Pero una diferencia notable es la celeridad con que en el caso de Obama comienzan a presentarse los contratiempos. La invasión y ocupación de Afganistán en 2001 fue la primera guerra iniciada por Bush. Sin embargo, para-

¹¹ Ésta es la *Realpolitik* que recomienda todo un sector del imperialismo y que, de hecho, viene funcionando desde hace tiempo: “Irán, que ve a los talibanes con hostilidad –advierte Brzezinski–, podría volver a jugar un rol constructivo ayudando a estabilizar la región oeste de Afganistán, tal como lo hizo en 2002. Sería entonces muy oportuno que la OTAN haga serios esfuerzos por comprometer a China, India e Irán en un diálogo estratégico sobre cómo evitar una explosión regional” (Brzezinski, “An Agenda for NATO”, cit.).

¹² Sobre el papel siniestro del régimen de Teherán en la división de la resistencia iraquí, el impulso de los enfrentamientos sectarios y la colaboración con el gobierno títere, ver en www.socialismo-o-barbarie.org: Dahr Jamail y Harb al-Mukhtar, “Escuadrones de la muerte estimulados por EE.UU. e Irán”, edición del 11-12-05; “Irán en Iraq” (varios autores), edición del 1-1-06, y Gareth Porter, “El éxito de la ocupación estadounidense depende de Irán”, edición del 1-10-06.

dójjicamente, hoy es conocida como “la guerra de Obama”. Es que ya en su campaña electoral, una de las banderas de la política exterior del nuevo presidente fue que Bush habría cometido un gran error estratégico. En vez de profundizar la guerra en Afganistán, habría dividido y debilitado las fuerzas de EE.UU. invadiendo Iraq en el 2003.

Obama propuso enmendar esto volcando el esfuerzo militar del imperialismo yanqui a Afganistán y, además, extendiendo la guerra a su vecino, Pakistán. Así nació en EE.UU. el término de la “guerra de Af-Pak”, o, también, “guerra de Obama”. Pero esta contienda –con centro en Afganistán y “desborde” hacia Pakistán– ha entrado en crisis aún más rápido que las aventuras bélicas de su predecesor.

En esta crisis se combinan varios factores: el abrumador *rechazo popular a la ocupación* (que se traduce en el fortalecimiento de la resistencia armada), el *repudio a los títeres de Kabul* y su *carencia de legitimidad*, los peligros que implica la *desestabilización de Pakistán* y, por último, el *giro de la opinión pública de EE.UU.* (hoy mayoritariamente en contra de seguir en Afganistán), junto con los elementos de crisis y desmoralización de las tropas estadounidenses.

A esto hay que añadir que si bien Washington ha logrado, a través de la OTAN, involucrar a los países de la Unión Europea en esta guerra colonial, la gran mayoría de los ciudadanos de la UE también la rechazan. Éste es uno de los motivos por el cual, con excepción del Reino Unido, el aporte militar de la UE vía la OTAN es en cuentagotas y además, en muchos casos, lleno de restricciones para la intervención plena en combate de sus unidades. Algo que, en el caso de Italia, asumió aspectos de ópera bufa.¹³

Entre los mencionados factores de crisis hay dos fundamentales: *EE.UU. viene perdiendo la guerra* y la opinión pública estadounidense se ha volcado *en contra de seguir allí*. La explotación patrioterica y fraudulenta del 11 de septiembre ya no basta para sostener la aventura colonialista. Pero en EE.UU. esta opinión adversa todavía *no ha pasado de las encuestas a las protestas*: no se traducido aún en movilizaciones, en un gran movimiento contra la guerra como en los 70. Sin embargo, marca una tendencia y una presión crecientes, que ya han puesto en crisis la política de Obama allí. Esto explica que, apenas a meses de iniciar con bombos y platillos la nueva guerra de Af-Pak, se abrió un período de vacilaciones de Obama, acompañado de divisiones y peleas en las alturas. Y lo peor es que estas disputas se fueron ventilando *en público*, estimulando así el rechazo popular y los elementos de desmoralización en las tropas.

¹³ El toque “berlusconiano” fue que las tropas italianas compraban la paz y la seguridad en el sector que ocupaban sobornando con millones de dólares a los talibanes para que no las atacaran, según denunció indignado *The Times* de Londres en octubre pasado. Sin embargo, revelaciones posteriores certificaron que estas prácticas son más generalizadas. Por ejemplo, EE.UU. y demás fuerzas de la OTAN, por intermedio de “empresas de transporte” afganas, pagan “peajes” a los talibanes para que dejen pasar a los convoyes de aprovisionamiento a Kabul. Ver Aram Roston, “Cómo financia EE.UU. a los talibanes” (*The Nation*/ICH), en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 22-11-09, y el testimonio del capitán británico Doug Beattie en “Drugs, bribes and ‘police’ in the pocket of the Taliban”, *Daily Mail*, Londres, 6-11-09.

El nuevo comandante de las tropas estadounidense, el general Stanley McChrystal, como si fuese el ejecutivo de una corporación privada y no el subordinado del “comandante en jefe Barak Obama”, se dedicó públicamente a hacer lobby presionando por el envío de 40.000 soldados más. Frente a esto, salieron al cruce –también públicamente– otros funcionarios, entre ellos el mismo embajador de EE.UU. en Kabul, Karl Eikenberry, diciendo que no hay que enviar más tropas (“Embajador de EE.UU. en Kabul: no más tropas a Afganistán”, *BBC World*, 12-11-09). Mientras tanto Obama, durante largo tiempo, siguió deshojando la margarita sobre qué hacer con su propia guerra. En suma: un espectáculo que no animó la moral de sus fuerzas ni el apoyo al conflicto en EE.UU.

Finalmente, Obama, en uno de sus acostumbrados shows, esta vez en West Point el 1º de diciembre, anunció el envío de 30.000 soldados, al mismo tiempo que, con su acostumbrada vaguedad, habló de fijar fecha para la retirada supuestamente dentro de 18 meses, en el 2011. Éste fue el “dulce” para hacer pasar en la opinión pública el trago amargo de que con Obama las guerras van creciendo. Pero McChrystal, una vez más, se encargó, de rectificar a su “comandante en jefe”: aclaró que esa fecha “es flexible y no es absoluta; no es que a los 18 meses todos se van”. Por último, el jefe del Pentágono, Robert Gates, puso las cosas en orden: en declaraciones frente al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, reconoció que “no hay plazos para la salida de nuestras tropas” (Elisabeth Bumiller, “Obama Team Defends Policy on Afghanistan”, *New York Times*, 2-12-09. Declaraciones de Gates ante el Senado en *Democracy Now!*, 4-12-09)

Entre paréntesis, subrayemos que esta secuencia retrata no sólo la verdadera política del imperialismo en Afganistán, sino también cómo funciona el gobierno de Obama.

Mientras en las alturas se desarrolla esa comedia de enredos, por abajo viene creciendo el rechazo popular del pueblo norteamericano a seguir en Afganistán. La catastrófica situación social de EE.UU. ha agudizado la oposición a esta guerra. Es que continuar la ocupación y añadirle 30.000 soldados no sale gratis: “El propio Obama observó que sumar 30.000 soldados le costaría al Tesoro unos 30.000 millones de dólares” (Jim Lobe and Eli Clifton, “Obama to Surge 30,000 Troops, With Deadline”, *Inter Press Service*, 1-12-09). Al otro día, se aclaró que eran 40.000 millones más 10.000 millones anuales de gastos de estadía (Elisabeth Bumiller, “Obama Team...”, cit.).

¡Para un país donde las estadísticas del gobierno reconocen que uno de cada cuatro niños pasa hambre, es una verdadera afrenta!

LA DIFÍCIL “AFGANIZACIÓN” DE LA GUERRA

Como explicó Obama en el show de West Point, la clave del “nuevo” plan será la “afganización” de la guerra: “Obama dejó claro que exigiría un esfuerzo mucho mayor de parte del presidente Karzai para contener la corrupción en

su gobierno y para que los soldados y oficiales de policía afganos combatan a la insurgencia talibán. Los soldados adicionales de EE.UU., dijo el presidente, estarían en el terreno sólo por un tiempo limitado para asegurar que los afganos hagan su trabajo” (Dexter Filkins, “With Troop Pledge, New Demands on Afghans”, *New York Times*, 1-12-09).

Antes aludimos en Afganistán a un parecido con la guerra de Vietnam: la expansión del teatro de operaciones a los países vecinos. Pero éste no es el único: también aquí se intenta la “afganización” de la guerra: una operación similar a la “vietnamización” de los 70. Se pretende transformar la *guerra de ocupación colonial* en *guerra civil entre nativos*. En la medida en que esto tenga éxito y vaya ganando el bando proimperialista, sería posible la retirada de gran parte de las tropas de ocupación. El imperialismo pasaría entonces a ejercer su dominio principalmente por intermedio de un régimen títere, sin exponerse en forma tan directa.

En Vietnam, el fracaso de esta política motivó la debacle de 1975. En Afganistán, las condiciones no parecen ser mejores. Recientemente, un analista se preguntaba: ¿cómo es posible que EE.UU., que en 2001 derrotó al régimen talibán con apenas unos *centenares de soldados* más las tropas de algunos “señores de la guerra” que le vendieron sus servicios, hoy, con 135.000 soldados propios y de la OTAN, no puede controlar totalmente un territorio más allá de las afueras de Kabul y su aeropuerto?

Este enigma no es difícil de resolver: puede haber diferencias entre distintos sectores étnicos y religiosos de Afganistán –diferencias que el imperialismo trata de explotar, como hizo en Iraq–, pero hoy la mayoría de la población odia la ocupación imperialista y a sus títeres del “gobierno afgano”. O, como le respondieron a un periodista español en Kabul: “No hay talibanes, sólo pobreza que empuja a la gente a luchar” (*El País*, Madrid, 15-8-09).

Por su parte, los corresponsales británicos pintan así la cosa: “El de los talibanes es el gobierno de facto en un gran número de pueblos... Los talibanes están en casi todos los sitios y están para quedarse. Su influencia y su presencia se está expandiendo; están ganando apoyo local y constituyen el gobierno de facto en muchos distritos del país. Es una situación muy grave” (*BBC World*, 30-8-09).

Es en este marco que tenían relevancia las recientes “elecciones” presidenciales en Afganistán. Eran una importante *operación para dar legitimidad* a un gobierno que fuese capaz de encabezar esa “afganización” de la guerra, que aliviaría de su peso a EE.UU. y la OTAN y que, eventualmente, con el tiempo, permitiría una “retirada” más o menos digna, dejando a cargo a un régimen títere, pero con algo de “apoyo popular”. Lamentablemente para Obama, las “elecciones democráticas” que legitimarían al régimen resultaron un búmeran.

La abstención en repudio fue masiva¹⁴, y el fraude escandaloso organizado por Karzai terminó de quitarles el último átomo de seriedad y legitimidad.

¹⁴ El corresponsal en Kabul de *El Periódico* de Barcelona la describía así: “La mayoría de los colegios estuvieron semivacíos... Aunque las cifras oficiales hablan de un 50%, los observadores internacionales estiman [la concurrencia] en menos del 30%” (21-8-09).

El fracaso de la “operación legitimidad” tiene que ver, ante todo, con el rechazo masivo de la población, que se abstuvo de participar en la farsa de una “elección democrática” bajo ocupación militar extranjera. Pero también fue decisiva la conducta y el carácter social de las pandillas colaboradoras de los ocupantes.

Tariq Alí, escritor anglo-paquistaní, las describe de esta manera: “Hamid Karzai gobierna un escuálido narcoestado. Su hermano, Wali Karzai, es el hombre más rico del país y se beneficia del tráfico de armas y de drogas, así como de la presencia de la OTAN que mantiene en el poder a Hamid. Los dos candidatos rivales de Karzai, en su momento, formaron parte del gobierno. Ambos son dos payasos anhelantes de que Washington abandone a Karzai y los ponga a prueba a ellos. El propio Karzai está coaligado con religiosos fundamentalistas ultra reaccionarios...” (Tariq Alí, “El caos afgano”, www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 20-9-09).

Otro periodista occidental describe así a los podridos sectores sociales en que se apoya la ocupación de EE.UU. y la OTAN: “Afganistán proporciona el 90% de la heroína que se consume en todo el mundo. Hay rastros de esa supuración en el actual entorno del presidente Karzai. Empezando por su propio hermano Wali, vinculado con el narcotráfico. Pero a su aliado en el sur, Sher Muhamad Ajundzada, el que intenta mantener vivo el voto pashtún para Karzai, no le han hallado rastros de amapola: lo pescaron directamente con nueve toneladas de opio. [...] ‘Si la gente cree que soy un contrabandista, de acuerdo –declaró Ajundzada el pasado junio– ¡pero al menos gasto el dinero en el gobierno y en los soldados!’

“[...] Nada dice Washington del narcotráfico en el Afganistán no talibán. Ese Afganistán que ha levantado, en medio de una miseria atroz, toda una narcoarquitectura en el barrio de Shirpoor, en Kabul: chocantes villas coloreadas como templos de Nabucodonosor. Narcoarquitectura para un narcoestado, como se le escapó hace unos meses a Hillary Clinton hablando de Afganistán ante el Senado de EE.UU.” (Plàcid García-Planas, corresponsal en Afganistán, “Elecciones con rastro de heroína”, *La Vanguardia*, Barcelona, 14-8-09).

De más está aclarar que estas pandillas –imprescindibles para montar un régimen colonial títere– también se roban la mayor parte de los fondos enviados desde Occidente para el “desarrollo” y la “mejora del nivel de vida” de la población (Patrick Cockburn, “Vivir a lo grande de la ‘ayuda’ internacional - La nueva élite de Kabul”, CounterPunch, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 17-5-09).

Se supone que gracias a esas medidas para superar la pavorosa situación social, EE.UU. ganaría “los corazones y las mentes” del pueblo afgano, que pasaría a adorar a la Casa Blanca. Pero si los dólares se quedan en los bolsillos de los colaboracionistas, la “ayuda” occidental termina siendo otro búmeran, una afrenta más.

Aquí Obama tropieza con un problema de difícil solución: esos delincuentes son el meollo del régimen de ocupación, y por eso avaló su fraude electo-

ral. Pero, al mismo tiempo, el rechazo y el odio que provocan abonan la resistencia. La solución de Obama, como hizo en West Point, es dar sermones evangélicos a Karzai... cuyo hermano es el principal exportador de heroína.

Otro elemento disgregador no menor es que la oficialidad de EE.UU. y el personal civil de la ocupación también han entrado en los “negocios”, tanto del narcotráfico como de los “contratos” para obras públicas y asistencia social. Las numerosas fotos difundidas en Occidente de soldados de la OTAN custodiando los campos de amapolas y el torrente de droga que está llegando sin dificultades a EE.UU. son hechos inconcebibles si, como mínimo, no se hiciese la vista gorda (ver Dave Lindorff, “Por deferencia de la CIA, desde Afganistán - Otra avalancha de droga en EE.UU.”, CounterPunch, 28-10-09, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 1-11-09).

En síntesis: para “afganizar” la guerra y consolidar un régimen títere es necesaria una mínima base social, que no puede ser meramente de pandillas de mercenarios, “señores de la guerra” y lúmpenes narcotraficantes. No sería la primera experiencia para EE.UU. del derrumbe de un régimen en que el factor corrupción juega un papel de cierta importancia. Esto ya le sucedió con otro de sus protegidos: Chiang Kai-Shek en China. El “smart power” de Barack Obama e Hillary Clinton parece, hasta ahora, tan incapaz de resolver estos problemas como el “foolish power” (poder tonto) de George W. Bush.

3. Polarización desde la derecha: Obama en una situación política progresivamente debilitada

El mini reformismo de Obama comienza siempre con magníficos discursos: es un *superstar*, un actor-orador excepcional que contrasta con su torpe y analfabeto predecesor George W. Bush. Pero, después de que Obama habla, hay que preguntarse qué es lo que dijo y propuso *realmente*. Porque, bien mirado, al pasar de las frases bonitas a las medidas *concretas*, su discurso se reduce a nada o casi nada: a propuestas menores que, para colmo, muchas veces ni se llevan a cabo o quedan aún más reducidas si finalmente se hacen realidad.

Las ilusiones, esperanzas y promesas han ido quedando así en el camino: la creación de empleos, la reforma del escandaloso sistema de salud, la ley para facilitar la sindicalización, la regulación del sector financiero, la pérdida de las viviendas por ejecuciones hipotecarias, la legislación sobre cambio climático, etc.

La política de Obama ha sido tratar de recomponer una pérdida “unidad nacional” que ya había quedado atrás en la primera presidencia de Bush. Para eso, ha intentado armar una especie de administración bipartidista demócrata-republicana, buscando “consensos” y cediendo a las presiones tanto de los republicanos como de las corporaciones.

Pero el resultado de eso no ha sido un “gobierno fuerte” de “unidad nacional”, sino ir perdiendo por abajo el apoyo popular.

Esto ha puesto a Obama en un *curso de debilitamiento político*. Cada día que pasa *se va erosionando* por uno u otro costado, a su derecha y a su izquierda. Y esto no es compensado por haber evitado –paradójicamente, junto con Bush¹⁵– una debacle financiera. Lo que pierde a su “izquierda” –las esperanzas de reformas “progresistas”– no lo recupera bajo la forma de apoyo desde su derecha.

VOTANTES DESILUSIONADOS, PERO SIN GRANDES MOVILIZACIONES QUE PRESIONEN DESDE ABAJO

Por un lado, viene perdiendo el apoyo de quienes fueron sus partidarios, que no sólo lo votaron sino que conformaron un *esbozo de movimiento político* que expresaba un rechazo creciente y masivo en las nuevas generaciones al neo-conservadorismo republicano que había predominado con Bush y, en general, a las ideologías reaccionarias en boga desde los 80.

Hoy, una *profunda desilusión* recorre los sectores juveniles, populares y de trabajadores y “minorías” (afroamericanos y latinos) que lo votaron. Como señalamos, las promesas electorales de Obama no eran muy avanzadas y conformaban apenas un neoliberalismo más “light”. ¡Pero *ni siquiera* eso está cumpliendo!

Obama, directamente, ha archivado algunas promesas (como la de facilitar la sindicalización). A otras ha dejado que la derecha republicana y los lobbies corporativos las fueran reduciendo a su mínima expresión; tal es el caso de la reforma del sistema de salud.

Para enfrentar esta situación, habría necesitado *apoyarse en la movilización social y política de sus votantes*. Pero Obama no quiere de ninguna manera revolver el avispero, ni siquiera para hacer mínimas presiones sobre los intereses corporativos. Y, por su parte, el movimiento obrero y de masas de EE.UU., después de unos primeros síntomas alentadores el año pasado, *no está hoy en pie de lucha*.

Obama no desea de ninguna manera incentivar al movimiento de masas, aunque si cambiase esta situación y se movilizara, trataría quizá de montarse sobre él para utilizarlo y sobre todo *mantenerlo bajo control y cooptar a sus direcciones*, como hizo Roosevelt.

Pero esto es “música del futuro”: hoy, un *determinante fundamental* de la situación política de EE.UU. es el hecho de que las masas obreras y los sectores populares están *mucho más atrás* que los de Europa y América Latina en materia de movilizaciones y luchas. Los incumplimientos de Obama, a quien vota-

¹⁵ Efectivamente, en este punto la continuidad ha sido indiscutible, no sólo de medidas sino también de hombres, en primer lugar a través de la gestión clave de Ben Bernanke en la Reserva Federal.

ron masivamente, hasta ahora no han generado grandes acciones ni movilizaciones de reclamo, sino una *fría y enorme desilusión*.¹⁶

Por supuesto, contradictoriamente, la pérdida de confianza en Obama –y en que él, desde arriba, arreglaría todo– es también una premisa necesaria para que los sectores castigados por la crisis comiencen finalmente a reclamar por cuenta propia, en forma *independiente*. Pero estos procesos nunca son inmediatos ni automáticos. Hacer la “digestión” de fiascos como éste lleva tiempos difíciles de predecir.

NO HAY “UNIDAD NACIONAL” BURGUESA Y LA DERECHA RETOMA LA INICIATIVA

Sin embargo, mientras eso sucede a la “izquierda” de Obama, la derecha –mayoritariamente encuadrada por los republicanos, pero con sectores más extremistas fuera de control– no ha perdido un minuto en pasar a la *oposición sistemática* en el Congreso y también a la *movilización* en las calles.

Es que la conducta de Obama no le ha atraído el apoyo de los sectores a su derecha. Por el contrario, hoy es *la derecha* la que ha pasado al ataque, tanto en las calles como por arriba. La situación la resume bien una publicación de izquierda: “La derecha está a la ofensiva y los demócratas la dejan seguir adelante” (Elizabeth Schulte, “Why won’t they call it racism?”, ISR 68, November-December 2009).

Dicho de otra manera: hoy el *principal polo político* frente a Obama no se ha instalado a su izquierda –desde las masas trabajadoras y populares que mayoritariamente lo votaron–, sino a su derecha.

La derecha, en sus distintas expresiones, ya sean del Partido Republicano o de sectores aún más cavernícolas, después de quedar apabullada en las elecciones, ha ido progresivamente pasando a la acción y ganando la calle. Comenzó con movilizaciones de grupúsculos de extrema derecha –muchos directamente fascistas–, tolerados o auspiciados desde las alturas del Partido Republicano, especialmente desde la corriente neoconservadora que gobernó con Bush (hijo).¹⁷

Esto ha ido en crecimiento: el 12 de septiembre desfiló en Washington una movilización estimada, según diversas fuentes, entre 70.000 y 100.000 perso-

¹⁶ “La administración Obama no tiene todavía un año, pero ya ha perdido mucho de su lustre. Ha decepcionado a muchos de sus partidarios progresistas e incluso ha llevado a algunos a sugerir que estamos en el tercer mandato del gobierno Bush. A principios de agosto, el redactor progresista Frank Rich, en las páginas de opinión del *New York Times*, se planteaba la pregunta ‘¿Obama nos está cagando?’ Rich citaba a uno de sus votantes en Virginia que había declarado días antes al *Washington Post*: ‘Nada ha cambiado para el individuo común. Siento que me cagaron’ (Phil Gasper, “What ever happened to ‘change we can believe in’?”, ISR 68, November-December 2009).

¹⁷ El Partido Republicano no es homogéneo. Así, Bush (padre) dio en el 2009 una *rotunda declaración de apoyo a Obama*, que contrasta con la feroz hostilidad de otros sectores, como los “neocons” que llevaron a su hijo a la presidencia (ésta es una pelea familiar que viene de lejos). Pero, en los medios republicanos y de derecha, son los sectores más cavernícolas los que se movilizan, y no la derecha “civilizada”.

nas: una manifestación que, según el corresponsal de *The Guardian* de Londres, simpatizante de Obama, “sorprendió por su tamaño”.¹⁸

Pero no hubo sorpresas en el contenido político *delirante* de la marcha, presidida por la consigna “Stop Socialism”, y con pancartas donde Obama aparece como el Che Guevara y denuncias de que desde la Casa Blanca se auspicia el “comunismo” y el “socialismo”, que reciben ahora el nombre de “*obamunismo*”. La marcha, casi totalmente de *blancos*, mostró también que el racismo se ha exacerbado con la elección de un presidente “de color”.

La marcha de Washington fue precedida por un vasto despliegue de movilizaciones locales (*town hall rallies*). Entre ellas se destacan las convocadas por los *Tea Party Patriots*, donde confluyen otras organizaciones de derecha y extrema derecha. Este nombre de “Tea Party” de por sí tiene un aire “subversivo”. Es que el 16 de diciembre de 1773 tuvo lugar en Boston el denominado Motín del Té (el “Boston Tea Party”). Este incidente fue el prólogo de la guerra de independencia.

En estos Tea Parties y otras movilizaciones de derecha comienzan también a oírse *exhortaciones poco disimuladas al asesinato de Obama*. Se lo hace citando una frase de Thomas Jefferson, prócer de la Independencia: “El árbol de la libertad debe ser regado cada tanto con sangre de patriotas y tiranos. Es su abono natural”. Van, entonces, a las manifestaciones con carteles que dicen eso. No se menciona directamente al presidente, pero se sobreentiende que el “tirano” de hoy es Obama (y, además, ¡un tirano negro y “socialista”!).

Esto llegó al colmo el 11 de agosto en New Hampshire. Mientras Obama daba un discurso en el Town Hall (ayuntamiento o municipio) apareció una contramanifestación de derecha, con hombres que portaban armas ostensiblemente... y carteles con la cita de Jefferson. Increíblemente, la policía local no los detuvo. Sólo cuidó de que no se acercaran a Obama (Joan Walsh, “Who was that gun-toting anti-Obama protester?”, *Salom.com*, 12-8-09).

Hoy, gran parte de estos sectores –que son esencialmente de “clase media” blanca y de mediana edad– están siendo golpeados por la crisis, pero además *vienen en declive* desde hace mucho tiempo. “Detrás de todo ese descontento –señala un observador– hay problemas reales. La crisis no comenzó con la caída del sector financiero en 2008. Durante años, la economía de EE.UU. estuvo en constante transformación. La pérdida de la base manufacturera no sólo resultó en pérdida de empleos, sino también en una dramática dislocación social de muchas comunidades antes prósperas y estables... Durante los 90, a pesar de las ganancias de Wall Street, muchos estadounidenses de clase media fueron exprimidos... El trauma del 11 de septiembre quitó la sensación de seguridad... A eso se añadieron las tendencias racistas, estimuladas por el gran número de inmigrantes del sur, el temor a nuevos extranjeros (desde el 11/9, los

¹⁸ Ed Pilkington, “Barack Obama denounced by rightwing marchers in Washington”, *The Guardian*, 13-9-09. Estos números parecen ser los más serios. Por su parte, los medios de derecha exageraron las cifras. La racista cadena Fox del multimillonario australiano Rupert Murdoch dio el número fantástico de dos millones de manifestantes.

musulmanes) y la persistencia del sentimiento antinegro, y ya están los ingredientes de un caldo letal que ahora está comenzando a hervir” (James Zogby, “Danger on the Right”, *The Huffington Post*, 7-8-09).

La agitación racista se mezcla, en el caso de Obama, con la difusión masiva de *teorías conspirativas* –algo típico, aunque no exclusivo, de EE.UU.–, que calan en los sectores políticamente y culturalmente más atrasados.

EE.UU. constituye un fenómeno complejo y único entre los países desarrollados. Su dominio mundial contrasta con el provincianismo extremo de una parte considerable de su población (especialmente la del centro y sur del país). Esto se refleja en el mapa político y electoral, donde suele haber contrastes entre la regiones “ilustradas” y cosmopolitas (las costas Este y Oeste y los estados que bordean los Grandes Lagos) y el atraso del llamado *Bible Belt* (cinturón bíblico) del centro y sur del país. El extraordinario desarrollo científico-técnico de EE.UU. desentona con ese fenomenal atraso cultural e ideológico de millones, con la cabeza llena de creencias “bíblicas” y otros disparates que dejan estupefactos a latinoamericanos y europeos.¹⁹ Así, hay mucha gente a la que *se le puede hacer creer literalmente cualquier cosa*, desde el púlpito o la pantalla de TV (que en EE.UU. a veces son lo mismo).

Por supuesto, este atraso cavernícola ha sido cuidadosamente cultivado por el establishment, especialmente desde la “Revolución Conservadora” de Reagan, que se ocupó no sólo de poner en marcha el neoliberalismo y aplastar al movimiento obrero, sino también de combatir la radicalización ideológica de los 70. Para eso, llueven dólares sobre los ejércitos de evangelistas, charlatanes racistas de la TV (como los de la cadena Fox), jefes de sectas de derecha y, en general, esa numerosa fauna que en EE.UU. vive de idiotizar a los sectores cultural y políticamente más atrasados de la población, y hacerles creer desde la cercanía del segundo advenimiento de Cristo hasta que Obama es socialista.

Uno de los tantos ejemplos de combinación de campaña racista con teorías conspirativas lo da Mark Williams, dirigente del movimiento Tea Party y de la movilización de Washington. Sostiene públicamente uno de los mitos racistas que se agitan cada vez más contra Obama: el presidente no es ciudadano estadounidense, sino de nacionalidad indonesia, y además, secretamente, de religión islámica.²⁰ Obama es la cabeza de una vasta conspiración para apoderarse de Estados Unidos y entregarlo a los inmigrantes y a las Naciones Unidas. Sacarlo de en medio sería un deber patriótico.

El repertorio de teorías conspirativas se ha ampliado con las protestas de la derecha contra la reforma sanitaria; una “lucha” financiada, obviamente, por los

¹⁹ En Europa, por ejemplo, hay importantes movimientos de derecha, e incluso de extrema derecha. Pero no sostienen, por ejemplo, el “creacionismo” o, como algunas corrientes evangélicas en EE.UU., el “geocentrismo”. Es decir, que, como dice la Biblia, la Tierra es el centro del Universo y la Luna, el Sol, los planetas y las estrellas giran a su alrededor.

²⁰ Elizabeth Schulte, ISR, cit. Otra variante de las “birther theories” (teorías del nacimiento) de Obama, es que nació en África y no en Hawaii. Así, un afiche difundido por la derecha dice, sobre el fondo de un mapa de África: “Hawaii is in Africa!”

laboratorios farmacéuticos, las aseguradoras y las clínicas privadas. En este caso se afirma que, imitando al sistema “socialista” imperante en Canadá y Europa, la reforma del sistema de salud va a establecer “death panels” (“comisiones de la muerte”). En ellas, los funcionarios del Estado (por supuesto, “comunistas-obamunistas”) dispondrán quiénes serán curados y quiénes morirán. Y ha sido nada menos que Sarah Palin, ex candidata republicana a la vicepresidencia, uno de los personajes que ha lanzado a rodar esta patraña, creída a pie juntillas por millones de norteamericanos.

“Hasta hace poco –advierte un analista de izquierda–, las teorías conspirativas eran el medio de vida de grupos de extrema derecha que clamaban que se estaban preparando para defender la soberanía de EE.UU. contra los intentos de apoderarse del país de los inmigrantes o la ONU.... Pero es la primera vez que son avaladas por los líderes del otro gran partido capitalista, como Sarah Palin o senadores republicanos como Chuck Grassley. [...] Nunca antes turbas de linchadores habían sido movilizadas por uno de los dos grandes partidos burgueses contra los representantes electos del otro, asociándose además con amenazas de violencia armada contra las instituciones democrático-burguesas” (Gerry Foley, “The Ultra-Right Pot Boils Over”, *International Viewpoint* 416, septiembre 2009).

En todo esto, un elemento políticamente muy significativo es la actitud de Obama ante semejantes ataques de la derecha racista. Recientemente, el ex presidente demócrata Jimmy Carter (1977-81) salió al cruce de ellos, subrayando el descarado racismo que traslucen. En una entrevista por la NBC, Carter denunció “que una aplastante mayoría de esa gran animosidad contra el presidente Barack Obama se basa en el hecho de que es un hombre negro, un afroamericano” (*The Guardian*, 16-9-09).

Pero Obama, en vez de respaldar a Carter que había salido en su defensa, lo *desautorizó* públicamente, haciendo bromas de mal gusto a costa de él, en un programa de TV (“Obama jokes about racism on Letterman show”, *Daily Mail*, 22-9-09). Por supuesto, nadie esperaba que Obama fuese un Malcolm X. ¡Pero ha resultado ser un perfecto Tío Tom!²¹

Los ataques desde la derecha a Obama también incluyen temas de política exterior. Sin embargo, aquí la situación es más contradictoria: la escasa popularidad de las guerras en Medio Oriente lleva a la paradoja de que incluso sectores conservadores (aunque minoritarios) estén a favor de irse.

El tema de Israel es más complejo. Los sectores cavernícolas no recibieron bien la demagogia del discurso de Obama en El Cairo ni sus sermones a Netanyahu y Lieberman. Pero se ha desarrollado una escisión en el sionismo estadounidense, una de cuyas consecuencias es la formación de otro lobby

²¹ *Uncle Tom's Cabin* (La cabaña del Tío Tom) es una famosa novela estadounidense de Harriet Beecher-Stowe de 1852 que narra los horrores de la esclavitud. Su personaje principal, Uncle Tom, generó el estereotipo del negro “bueno”, que no se rebela y es obediente a sus amos aunque lo someten a los peores maltratos.

israelí, bautizado como J Street, que estima muy peligrosa la política de todo o nada del gobierno de Israel y sostiene una salida negociada para la farsa de erigir un “estado palestino” en alguno de los guetos restantes (James Traub, “The New Israel Lobby”, *New York Times*, 9-9-2009). Esto refleja, a su vez, una creciente división en la burguesía respecto de la política de apoyo incondicional a cuanta atrocidad haga Israel.²²

Al mismo tiempo, es un tema importante de ataque desde la derecha su política en América Latina, bajo la acusación de ceder ante el peligro del “comunismo” castro-chavista, lo que encuentra cierto eco en sectores de origen cubano y cipayos de otras comunidades hispanas residentes en EE.UU. La campaña, que arreció con el golpe de Honduras, es que Obama es “kerenskista”, es decir, actúa con debilidad frente al “peligro rojo” en Latinoamérica, igual que Kerensky en la Revolución Rusa frente a Lenin y Trotsky (Armando Valladares, “Obama’s Kerenskyism, Honduras and the Chavist Abyss”, *Las Américas*, Miami, 24-7-09).

¿GIRO A LA DERECHA?

Un reflejo de la desilusión con Obama y de la polarización instalada desde la derecha se manifestó en las elecciones del martes 3 de noviembre, a un año de ser electo. Aunque de alcances locales —elecciones a gobernador en New Jersey y Virginia, que dieron el triunfo a los republicanos—, se transformaron en un plebiscito de la gestión de Obama.

Tanto este test electoral como las movilizaciones reaccionarias que mencionamos, ¿implican acaso que hay un *giro global a la derecha* de la situación política de EE.UU.? En verdad, la situación de conjunto aparece como *más compleja y matizada*. Sería equivocado sacar conclusiones unilaterales.

Los cambios de humor de las masas que apoyaron o aún apoyan a Obama no se están desarrollando en el sentido de una vuelta al neoconservadorismo republicano o a expresiones de extrema derecha. Quienes han ganado la calle con esas banderas son esencialmente sectores que rechazaron a Obama por derecha desde el primer momento.

Obama logra en gran medida la presidencia montándose en un *giro ideológico progresivo* en la mentalidad de las masas estadounidenses, especialmente en las *nuevas generaciones*. La elección de Obama fue un reflejo distorsionado de eso. Pero ahora, al decepcionar y lograr mantener desmovilizados a los trabajadores, la juventud y los sectores populares más avanzados que lo votaron²³

²² Sobre las opiniones del establishment sobre Israel, ver Jeffrey Blankfort, “¿Qué piensan realmente de Israel las élites de EE.UU.?”, *Red Voltaire*, 15-12-09. Allí se comenta la encuesta realizada por el Pew Research Center a 642 miembros del influyente Council on Foreign Relations (CFR). Dos de cada tres miembros del Council se muestran muy críticos respecto de Israel y estiman que EE.UU. ya ha hecho demasiado en su favor.

²³ El conocido periodista John Pilger pinta bien esta situación contradictoria: “Una gran cantidad de buena gente se movilizó [para hacer elegir] a Obama. ¿Pero qué le exigieron, aparte de ese ‘cam-

han permitido que tome la iniciativa la derecha cavernícola, aunque los sectores que ésta moviliza sean minoritarios.²⁴

Los estudios de opinión vienen revelando que hoy los norteamericanos son menos conservadores en cuestiones sociales y religiosas que hace años. En abril, una encuesta reciente de un instituto de encuestas serio y, además, de derecha –Rasmussen Reports– dio un resultado sorprendente: *una de cada tres personas menores de 30 años dijo que preferiría el “socialismo” al “capitalismo”, algo inconcebible años atrás* (“Obama in office - Is this change we can believe in?”, ISR 66, March-April 2009).

Por supuesto, el gran interrogante es *cómo y cuándo* estos cambios en la conciencia, por un lado, y la catástrofe social producida por la crisis del capitalismo yanqui, por el otro, van a *traducirse en el terreno de la acción*; es decir, de la lucha de clases. Aquí entran a tallar dos cuestiones fundamentales, distintas pero estrechamente relacionadas: la primera es la de ir conquistando la *independencia política e ideológica frente al Partido Demócrata*. La segunda, los problemas de la *recomposición del otrora combativo movimiento obrero y de masas* de EE.UU.

4. Gobierno y régimen político: ¿tiranía de los lobbies?

Recientemente, Serge Halimi, director de *Le Monde diplomatique*, caracterizaba el régimen político de EE.UU. como una “tiranía de los lobbies” (“La tyrannie des lobbies”, *Le Monde diplomatique*, septiembre 2009). Lo hacía con motivo de las idas y vueltas de Obama respecto de la reforma del sistema de salud y otras iniciativas “progresistas” más o menos frustradas por las presiones de los lobbies corporativos.

Es evidente que Halimi –como el “progresismo” europeo en general, que lamenta que Obama no se porte mejor– se toma de hechos ciertos, pero los presenta en forma unilateral, y con eso los distorsiona en muchos sentidos. Entre

bio’ amorfo? Trabajar para hacer elegir a un candidato presidencial demócrata puede parecer activismo, pero no lo es. El activismo no queda en silencio. El activismo no descansa en el opio de la ‘esperanza’ [el otro gran lema de Obama en la campaña electoral]. Woody Allen dijo una vez: ‘Me siento mucho mejor cuando pierdo las esperanzas’ (John Pilger, “Empire, Obama and America’s Last Taboo”, COTO Report, 20-8-09).

²⁴ “Una importante diferencia entre los años 30 y hoy es la actual ausencia de una izquierda de masas movilizada. Durante los años 30, este elemento demostró su importancia crítica al poner bajo presión continua a la administración Roosevelt, y redundó en políticas y programas más progresivos de lo que habría sido el caso si no hubiera existido. En este sentido, hubo un amplio movimiento de organización para votar a Obama. Pero, en buena medida, desapareció después de la elección. Además, como político, sin presión continua de una izquierda de masas, Obama le ha concedido reclamos a la derecha con demasiada facilidad. Esto puede verse con claridad en el flujo de fondos aparentemente incesante que se ha derivado para el salvataje de instituciones financieras, en vez de nacionalizarlas. También puede verse en los planes conservadores de estímulo económico” (Nancy E. Rose, “Lessons from the New Deal Public Employment Programs”, *Monthly Review*, octubre 2009).

ellos, el de las *buenas intenciones* de Obama (que habrían sido lamentablemente malogradas por el poder de los lobbies) y el de presentar tácitamente a esta “tiranía de los lobbies” como un cáncer *reciente y casi exclusivo* del régimen político estadounidense, del cual la Unión Europea estaría exento.

Por supuesto, las cosas no son precisamente así. En primer lugar, Obama no es un *outsider* del sistema político (y sus lobbies), sino uno de sus sofisticados productos. En una inteligente operación político-mediática, Obama fue “fabricado” por un sector del establishment.²⁵ Fueron conscientes de que la continuidad republicana en la Casa Blanca podía llevar a un desastre, entre otros motivos porque el humor (o malhumor) de las masas se viene alejando de las posiciones neoconservadoras. La mayoría deseaba *cambios* y, con la crisis, si eso no se satisfacía podía dar lugar a *desbordes* fuera de control.

Obama era el candidato ideal para una operación *preventiva*: aprovechar esa aspiración *poderosa pero imprecisa* de cambios, y mantenerla luego bien acotada y pasiva. La misma posibilidad de un “primer afroamericano presidente de EEUU” daba la imagen de un cambio trascendental, casi revolucionario... lo que facilitaba al candidato no hacer mayores precisiones acerca de su programa concreto de *pseudo o micro reformismo sin reformas*.

En segundo lugar, los rasgos de *gobierno directo de las corporaciones* vía lobbies son hoy en día un rasgo extendido *en todo el mundo*, afectando en mayor o menor medida a todos los regímenes políticos. Esto ha acompañado, por un lado, la fenomenal *concentración oligopólica* que caracteriza a la etapa neoliberal del capitalismo, y, por otro lado, las *derrotas y retrocesos del movimiento obrero y de masas* en los 80 y 90, que fueron en última instancia el factor fundamental que permitió imponer el neoliberalismo. Son dos factores que han contribuido a acrecentar esos elementos de intervención directa de los oligopolios en el gobierno y, en general, de sectores *particulares* de intereses, como es el caso en EE.UU. del famoso AIPAC (American-Israeli Public Affairs Committee), el principal lobby pro israelí.

Pero es verdad que en EE.UU. es donde esto tiene un desarrollo extraordinario²⁶, una *hipertrofia* que hoy complica la “buena gestión” del estado burgués

²⁵ Si hay alguna duda de quiénes engendraron a Obama presidente, basta echar un vistazo a su staff de asesores tanto en las elecciones primarias como en las presidenciales y, sobre todo, a la *lista de contribuyentes* a sus campañas, ya desde las primarias en el Partido Demócrata. Es sabido que Obama, en materia de recolección de dólares, superó con creces a sus rivales, en proporción mayor a los votos obtenidos respectivamente. ¡Dime quién te contribuye y te diré quién eres!

²⁶ Para darse una idea concreta de esto: en Washington se edita un diario, *The Hill*, que se dedica a la noticias del Congreso de EE.UU. *The Hill* tiene una sección permanente (como podrían ser en otros diarios las secciones de cine o fútbol) que informa sobre actividades de *lobbying*. El 25 de octubre pasado, por ejemplo, traía la noticia de cómo los lobbies del sistema de salud estaban haciendo llover millones de dólares sobre senadores y representantes, para que “voten bien”. Sólo en septiembre pasado, uno de esos lobbies había dado 152.000 dólares al Democratic Senatorial Campaign Committee. Además, el presidente del bloque demócrata del Senado, Tom Daschle, recibió 100.000. El senador Charles Schumer embolsó 81.750; Debbie Stabenow, 27.050; Barbara Boxer, 23.450... y así una larga lista... El más barato fue un senador republicano que costó apenas

y que mañana puede llevar a situaciones sociales y políticas graves. Esta peculiaridad de EE.UU. se explica por varios motivos: la configuración neoliberal del capitalismo se impuso allí con más profundidad, por no decir salvajismo; es también el país del centro del capitalismo donde la derrota del movimiento obrero fue más profunda y, además, es donde el sistema de lobbies viene funcionando desde hace unos dos siglos. ¡No hubo que inventar nada!

CAPITALISMO, ESTADO, RÉGIMEN POLÍTICO Y GOBIERNO

La *Encyclopædia Britannica* define al “lobbying” como “todo intento hecho por un grupo o por un individuo de influenciar las decisiones de gobierno. El término se originó en el siglo XIX, en los esfuerzos por influir en el votos de los legisladores, generalmente en el vestíbulo de una cámara legislativa”. En ese “vestíbulo” o “pasillo” (lobby) tiene lugar una *operación de compraventa*: el legislador (o el miembro del Poder Ejecutivo) acuerda votar una ley (o disponer una medida de gobierno) a cambio de algo (dinero, favores, apoyo político o lo que fuere). No por casualidad, estas operaciones florecieron en los marcos del parlamentarismo anglosajón, incluso antes de que la palabra “lobbying” comenzara a usarse, al parecer hacia 1820 en EE.UU. Es que el Reino Unido y EE.UU. no sólo eran los paradigmas mundiales de regímenes democrático-burgueses²⁷, sino también los países donde el capitalismo, el imperio del “mercado”, se presentaba en sus formas más “puras”, donde *ya todo se compraba y se vendía*. ¿Por qué razón, entonces, las leyes y medidas de gobierno no iban a ser también mercancías?²⁸

Por eso, ya Engels, en el siglo XIX, había advertido que EE.UU. era en el mundo el “modelo clásico” de cómo, por encima de la ficticia igualdad entre los ciudadanos de los regímenes democráticos, “la riqueza ejerce su poder”

16.348 dólares (ver Kevin Bogardus, “Healthcare lobbyist bundles big bucks for key Senate Democrats”, *The Hill*, 25-10-09). En otros países, una noticia así detonaría un escándalo político, pedidos de desafuero, juicios penales, etc. En EE.UU. es una noticia de todos los días, perdida entre tantas otras. Recibir estos sobornos es legal si se los “blanquea” como “contribuciones para campaña electoral” o de otras formas. En total, sólo de la “industria de la salud”, los “representantes del pueblo” habrían recibido 635 millones en sobornos en los últimos dos años (Andrew Zajac, “How health lobbyists influenced reform bill”, *Chicago Tribune*, 20-12-09).

²⁷ En el Reino Unido, esto venía combinado con los restos monárquicos y aristocráticos sobrevivientes después de la Revolución Inglesa de 1640. Esta revolución fue factor decisivo para que el Reino Unido se pusiese a la vanguardia del capitalismo mundial con la Revolución Industrial del siglo posterior. Pero el contenido social de esas formas anacrónicas monárquico-feudales era ya totalmente burgués, como lo demuestra el estudio clásico de Christopher Hill, *The English Revolution 1640, 1940*, Marxist Internet Archive.

²⁸ No es casual tampoco que en las diferentes condiciones de Europa continental, donde pesaron decisivamente los cataclismos de la Revolución Francesa, surgieran otras formas, desde parlamentos y dictaduras revolucionarias hasta el bonapartismo. Como había advertido Marx en *El 18 Brumario* (y también Engels en textos posteriores), tampoco el bonapartismo nacía de la nada: su antecedente era el aparato burocrático de Estado que se elevaba “por encima de la sociedad”, forjado por la monarquía absoluta antes de la Revolución Francesa.

mediante “la forma de corrupción directa de los funcionarios” (F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, cap. IX, “Barbarie y civilización”, 1884, Marxists Internet Archive, 2000). Asimismo, sus partidos políticos no eran más que “dos grandes cuadrillas de especuladores que alternativamente se posesionan del poder estatal y lo explotan por los medios más corruptos y para los fines más corruptos... Cada uno de los dos grandes partidos... está a su vez gobernado por gente que hace de la política un negocio... que especula con los escaños de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos estados federados” (F. Engels, “Introducción a *La guerra civil en Francia* de Karl Marx”, 1891, Marxists Internet Archive).

En nuestros días, esto ha alcanzado su máxima expresión. Pero, como decíamos, amenaza ser, contradictoriamente, un grave problema, cuyas consecuencias aún no se advierten en toda su magnitud porque las masas trabajadoras y populares de EE.UU. siguen mayoritariamente desmovilizadas y sin expresiones políticas propias e independientes.

En primer lugar, cuanto *más directo* es el gobierno de la burguesía –que en EE.UU. hoy no se trata de la burguesía “en general”, sino concretamente de las tendencias a un gobierno cada vez más directo de un puñado de corporaciones–, *más expuesta queda la legitimidad del régimen*. Más deteriorada resulta la ficción del “interés general”, que es fundamental para lograr el consenso de las clases explotadas.

Esto puede parecer un problema de menor cuantía, en una situación que es de sordo y profundo descontento, pero todavía de escasa movilización social y política. Sin embargo, podría ser de vida o muerte el día en que se les acabe la paciencia a los millones de triturados por la crisis, el desempleo, el salto en la superexplotación, la pérdida de sus viviendas y ahora, además, el hambre.

Históricamente y en todo el mundo, la burguesía siempre ha ejercido el poder mediante formas *indirectas* (y, en términos absolutos, *sigue siendo así*). Este ejercicio indirecto del poder, como ya había advertido Engels, es el “modo más seguro” de ejercer el poder. (Engels, *El origen...*, cit.). Gracias a la “separación” peculiar del capitalismo entre relaciones de producción y relaciones políticas (algo que no tenía, por ejemplo, el feudalismo), la burguesía, tras las bambalinas, mantiene su dominación aunque en el escenario entren y salgan los gobiernos y cambien los regímenes. Pasan presidentes y ministros, reyes y dictadores, gobiernos de derecha y de “izquierda”... pero el dominio del capitalismo queda.

Es importante, entonces, que en estas tres décadas de neoliberalismo esa “separación” haya tendido a “adelgazarse” cada vez más, aunque por supuesto sin desaparecer. EE.UU. es quizá donde esto se nota más categóricamente.²⁹

²⁹ Una expresión de este “adelgazamiento” de la separación entre el poder político y las corporaciones es el “intercambio” de su personal ejecutivo. EE.UU. es también el máximo ejemplo de cómo los mismos personajes entran y salen de la administración pública a la de las corporaciones y viceversa, como por una puerta giratoria. Esto es particularmente escandaloso en el sector financiero norteamericano, pero también en la dupla Pentágono-industria de guerra.

Este problema se liga a otro no menos serio, que también está relacionado con la exacerbación del sistema de lobbies en EE.UU.

Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista*, señalaban que “el gobierno del estado moderno no es sino un comité para administrar los asuntos *comunes* del conjunto de la burguesía” (subrayado nuestro). Pero estos asuntos o intereses *comunes* del conjunto de la burguesía *no* son exactamente iguales a los intereses *particulares* de tal o cual empresa o sector corporativo. Y, en épocas de crisis, las *divergencias* entre los “intereses comunes” o “generales” y los intereses “particulares” pueden dar lugar a serias contradicciones, que se combinan además con la contradicción global del enfrentamiento de los capitalistas con los trabajadores.

Por eso, en épocas de crisis, se ha recurrido a los gobiernos “fuertes” —es decir, bonapartistas (de derecha o “izquierda”)—, que no sólo mantienen a raya a los explotados (con muy diversas combinaciones de palo y zanahoria), sino que también hacen marcar el paso a los mismos capitalistas y a sus *intereses “particulares”*. Es decir, gobiernos que parecen elevarse “por encima de la sociedad” como árbitros que defienden el “interés general” (que, por supuesto, no es general, sino cien por ciento burgués).

En EE.UU., el ejemplo histórico de eso (en su modalidad “progresista”) fue el de Roosevelt: era el “Big Government” que, por encima del “Big Business” y el “Big Labor”, ponía “orden”, corregía los “excesos”, impartía “justicia” y arbitraba los conflictos.³⁰ Con ese mecanismo, Roosevelt gobernó con buena parte de la burguesía y la mayoría de los líderes corporativos *en contra de él*, porque lesionaba parcialmente intereses particulares. Pero, guiado por los intereses *generales* del capitalismo y el imperialismo yanqui, logró llevar a EE.UU. al dominio mundial.³¹

³⁰ Una buena síntesis de esto la hace Harold Ickes, secretario del Interior de Roosevelt, en un artículo de 1938: “Lawless Big Business Must Be Controlled to Save Democracy”, *The Progressive*, 8-1-38: “En los últimos meses, este conflicto irreconciliable y de larga data en nuestra historia ha salido a la luz como nunca antes, tomando una forma y una intensidad que dejan claro que debe combatirse hasta el final: hasta la democracia o hasta la plutocracia, hasta que ganen las 60 grandes familias de EE.UU. o los 120 millones de habitantes de EE.UU. [...] Cerca de la mitad de la riqueza de este país pertenece a las empresas, y más de la mitad de esa suma está bajo el control de las 200 grandes corporaciones, que a su vez están controladas por las ‘60 familias de EE.UU.’”. Luego, lanzaba rayos y centellas sobre “las 200 corporaciones” y las “60 familias”. Hacía una larga lista de sus atropellos, desde no pagar impuestos hasta crear desempleo. Si se las dejaba hacer lo que quisiesen, habría “a big-business Fascist America, an enslaved America” (un Estados Unidos fascista de las grandes corporaciones, un Estados Unidos esclavizado). Pero el vocero de Roosevelt no sacaba la conclusión lógica: ¿por qué no expropiar a estos gángsters? ¡Nada de eso! La solución era “controlarlos” mediante un “Big Government”, un gobierno fuerte, como el de Roosevelt. La Casa Blanca hacía así un doble chantaje. En primer lugar, a los trabajadores: ¡sí no apoyan a Roosevelt, viene el “big business fascism”! Pero así también se hacía presión sobre los más ricos y las corporaciones para disciplinarlos, por supuesto sin lesionar su sagrada propiedad privada.

³¹ Roosevelt enfrentó la furiosa oposición de un amplio sector corporativo. El ejemplo más destacado fue, quizá, el de Alfred P. Sloan, que encabezaba la entonces todopoderosa General Motors. GM tenía una estrecha asociación con empresas alemanas, como la Opel, que continuó incluso durante la guerra. Sloan era además un fervoroso admirador de Hitler (y para los problemas con el

Para eso, inició cambios importantes en la configuración del capitalismo estadounidense, lo que tendría proyección mundial al generalizarse como modelo en la posguerra. Y además, efectivamente, sin tomar ninguna medida realmente “anticapitalista”, durante la administración Roosevelt se inició una importante *transferencia de ingresos de los más ricos a los pobres*, que se revertiría por completo con el neoliberalismo (ver G. Duménil y D. Lévy, “Thirty Years of Neoliberalism under U.S. Hegemony”, y de los mismos autores “The Crisis of Neoliberalism and U.S. Hegemony”, ambos en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 13-12-09). Al mismo tiempo, esas concesiones le permitieron a Roosevelt contener los estallidos de luchas y protestas de los trabajadores, someter políticamente el movimiento obrero al Partido Demócrata y apoyarse además en eso para “disciplinar” a la burguesía, enfrentando la oposición de derecha y las presiones corporativas.

Hasta ahora, el camino que está siguiendo Obama es el opuesto: el de *retroceder* ante cualquier sector corporativo que le ladre un poco fuerte. Como dijimos antes, Obama se ha desesperado por establecer una especie de *administración bipartidista demócrata-republicana*, y ha ido *cediendo y cediendo en pos de “consenso”* con la derecha política y las corporaciones. En ese sentido, Obama ha resultado lo opuesto de quien presuntamente iba a ser su modelo, Franklin D. Roosevelt: éste, en sus primeros cien días, pasó una aplanadora de medidas sin perder tiempo en buscar acuerdos con la oposición republicana, que se oponía a cualquier reforma.³²

movimiento obrero norteamericano, proponía una “solución final” como la aplicada en Alemania). Como buena parte de los dirigentes corporativos de la época, Sloan predicaba el “aislacionismo” en política exterior, lo que significaba concretamente acordar un reparto del mundo con otros imperialismos, la Alemania nazi en primer lugar (que se iba a encargar, además, de librar al mundo del “bolchevismo”). ¡América para los norteamericanos y Europa para Hitler! Esto implicaba también que la alianza GM-Opel se habría apoderado del mercado europeo. Si el gobierno de EE.UU. hubiese seguido semejante línea, dictada en primer lugar por los intereses *particulares* de GM y otras corporaciones, habría causado un grave daño a los intereses *generales y comunes* del conjunto de la burguesía y del imperialismo yanqui, que gracias a la política de Roosevelt se alzó con el dominio mundial, derrotando a los imperialismos rivales, Alemania y Japón. Eso, por supuesto, tuvo sus grandes costos: concesiones a la clase obrera en EE.UU. y a la burocracia soviética a nivel mundial, dos cosas a las que Sloan y otros jefes corporativos, guiados por sus intereses particulares y/o sus ideologías políticas, se oponían rotundamente. Claro que, al mismo tiempo, Roosevelt no nacionalizó la General Motors ni menos encarceló a Sloan por colaboración con el enemigo durante la guerra, como habría correspondido incluso desde el punto de vista burgués. Asimismo, hubo una minoría de dirigentes corporativos que, con más visión política y sobre todo con otros intereses no aislacionistas, sostuvieron a Roosevelt: los “welfare capitalists”, como Gerald Swope de General Electric y Walter Teagle de la Standard Oil.

³² Acerca de eso, Jean Edward Smith, conocido biógrafo de Roosevelt, hace el siguiente paralelo en un artículo que lleva el sugestivo título de “Roosevelt: el gran divisionista”: “La obsesión [de Obama] por asegurar el acuerdo bipartidario... sugiere que el Partido Demócrata ha olvidado cómo gobernar y la Casa Blanca ha olvidado cómo liderar. Esto no fue así con Franklin Roosevelt y los congresos demócratas que promulgaron el New Deal. A excepción de la Ley de Emergencia Bancaria de 1933... las principales nuevas leyes de los años 30 fueron promulgadas con la oposición de una minoría vigorosamente atrincherada. Roosevelt consideró que el gobierno de la mayoría no requiere el permiso de sus opositores... [Asimismo,] cuando Roosevelt pidió al Congreso esta-

Obama, al hacer lo contrario, no ha logrado un gobierno “fuerte” de “unidad nacional”, sino *empantanar* por arriba casi todas sus iniciativas e *ir perdiendo por abajo el apoyo popular* que lo llevó a la presidencia, apoyo al que nunca apela para imponer sus mini reformas.

Lo ocurrido con la reforma del sistema de salud no es más que uno de los tantos ejemplos. A las corporaciones, desde el punto de vista de sus intereses particulares-inmediatos, lógicamente les importa un rábano la salud de las masas de la población. Pero, desde el punto de vista del conjunto de la burguesía, desde sus *intereses generales de clase*, debería preocuparse de que EE.UU., en una situación de bancarrota, gaste proporcionalmente el doble en salud que el resto de los países del “Primer Mundo”, y que el resultado sea un desastre digno del “Tercer Mundo”.

Más grave aún para los “asuntos comunes del conjunto de la burguesía” es lo que pase con la regulación del sistema financiero. Que no se cambie nada le viene muy bien a los *intereses particulares e inmediatos* de las corporaciones bancarias y financieras. Es lo que ellas quieren, y sus lobbies están sobornando con millones y más millones a los legisladores.³³ Pero, a la corta o a la larga, que no se impongan regulaciones serias para poner coto a los “excesos” puede ser ruinoso para los *intereses generales* del sistema, como ha demostrado el reciente desastre.

OBAMA EN EL CONTEXTO DE LA SITUACIÓN POLÍTICA DE EE.UU. Y DEL IMPERIALISMO YANQUI EN EL MUNDO

Los rasgos de un gobernante suelen estar estrechamente relacionados con el contexto social y político en que está ubicado. En el caso Obama, su búsqueda de “consensos”, sus vacilaciones y el ceder ante cualquier presión muestran procedimientos muy distintos al de ese arbitraje (aparentemente) “por encima de la sociedad”, practicado por Roosevelt, que exigió una buena cuota de “cesarismo” o “bonapartismo”; es decir, de actuación como “hombre fuerte” y “árbitro inapelable”.

blecer la Tennessee Valley Authority para proveer electricidad barata para el empobrecido Sur, no consultó a los gigantes de esa industria como Commonwealth y Southern. Cuando promovió la creación de la Securities and Exchange Commission para contener los excesos de Wall Street, no pidió la cooperación de los que iban a ser regulados. Cuando el Congreso aprobó la Glass-Steagall Act [ley de regulación bancaria], que separaba las entidades de inversión financiera de las funciones de los bancos comerciales, no pidió la aprobación de J. P. Morgan, Goldman Sachs o Lehman Brothers” (Jean Edward Smith, “Roosevelt, The Great Divider”, *New York Times*, 2-9-09). Sin embargo, hay algo que Smith no menciona: las primeras medidas de Roosevelt fueron también de “rescates”, como las de Obama. Las medidas “sociales” vinieron después, bajo la presión del movimiento obrero.

³³ En octubre, el *New York Times* informaba que algunos miembros del Financial Services Committee de la Cámara de Representantes (diputados) acababan de recibir “contribuciones” de Wall Street por 77 millones de dólares. Y esto es apenas una pequeña fracción de los sobornos (Stephen Labaton, “Lobbyists Mass to Try to Shape Financial Reform”, *New York Times*, 14-10-09).

Pero, más allá de la gravedad de ambas crisis (la de la década del 30 y la actual), ese contexto social y político es también muy diferente al del pasado.

Dentro de EE.UU., Roosevelt, poco después de subir a la presidencia, se encontró frente al ascenso obrero más importante de la historia de EE.UU., una ola de sindicalización masiva que en 1934 culminaba con ocupaciones de fábricas y huelgas revolucionarias, varias dirigidas por trotskistas y otras corrientes de izquierda. Pero no era sólo eso: otros sectores populares se mostraban también amenazantes. Los veteranos de guerra en la miseria desfilaban por las calles reclamando bonos del Estado, con el peligro que significa la movilización de masas iracundas entrenadas en la acción militar. Los *farmers* (pequeños agricultores), arruinados por la Gran Depresión y el “*dust bowl*”³⁴, hacían también reclamos desafiantes. Y fue desde las filas de los *farmers* de donde partió el famoso “ultimátum” al asumir Roosevelt, cuando Edward A. O’Neal (presidente de la Farm Bureau Federation) advirtió: “Si no se hace algo, *tendremos una revolución en menos de doce meses*” (Arthur M. Schlesinger, *The Age of Roosevelt, II - The coming of the New Deal, 1933-1935*, Houghton Mifflin Harcourt, Boston, 2003, p. 27). Pero esta intimación no reflejaba sólo a los *farmers*: era válida también para los trabajadores de las grandes ciudades y en especial de los centros industriales.

Además, esto se daba en un marco internacional donde también las clases trabajadoras de otros continentes, a pesar de las graves derrotas que comenzaba a infligir el nazifascismo, también estaban en pie de guerra. El “peligro del comunismo” no era sólo “un fantasma que recorre el mundo” sino algo de carne y hueso, pese al triunfo de Hitler en Alemania y a lo que sería la madre de todas las derrotas: la sangrienta consolidación del stalinismo en la Unión Soviética.

EE.UU. (junto con Alemania) era el país imperialista más golpeado por la Gran Depresión. Sin embargo, al mismo tiempo, aunque paralizado por la crisis, EE.UU. tenía *el más colosal y dinámico aparato productivo y tecnológico del mundo*, cualitativamente por encima del resto de sus rivales imperialistas europeos o asiáticos, inclusive de Alemania, que era el país más avanzado de Europa.

El peculiar bonapartismo de Roosevelt se elevó apoyándose hábilmente sobre esa realidad tan contradictoria, incluyendo los peligrosos fermentos de rebelión de la clase trabajadora norteamericana. Sus medidas “progresistas” le sirvieron para engatusar a las bases obreras y cooptar a sus direcciones, evitando el gravísimo peligro de un movimiento obrero políticamente independiente del bipartidismo burgués. El cebo de esas concesiones fue decisivo para que los trabajadores, bajo la custodia de los burócratas sindicales, se ubicaran en la jaula del Partido Demócrata y la New Deal Coalition.³⁵ Al mismo tiempo, el

³⁴ *Dust bowl*: literalmente, tazón de polvo. Fue el proceso de erosión que en los años 30 afectó severamente las llanuras centrales de EE.UU., debido en parte a la sequía pero también al agotamiento debido a la superexplotación del suelo.

³⁵ Se llamó “New Deal Coalition” a la heterogénea “coalición” sobre la que se asentaba social y electoralmente Roosevelt, y que de alguna manera se prolongó durante gran parte del boom de

temor que provocaba el peligro obrero fue decisivo para que Roosevelt pudiera “disciplinar” a la burguesía y las corporaciones.

En síntesis: Roosevelt fue el presidente del imperialismo yanqui en su momento de *mayor crisis* pero también de ascenso vertiginoso al *dominio mundial*. Obama preside su época de *decadencia*.

5. La clave última: la situación del movimiento obrero y las perspectivas de su recomposición

En última instancia, el elemento fundamental de la situación política de EE.UU. es que se ha logrado, hasta el momento, *mantener desmovilizados al movimiento obrero y, en general, a las masas populares*. O sea, *no hay* –hasta ahora– *gran presión desde abajo* (como sucedía en cambio en los primeros años de Roosevelt) en respuesta a la crisis.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que, mundialmente, no llegó a haber una respuesta obrera a la altura de la profundidad de la crisis y de los ataques sufridos por la clase trabajadora. No ha habido, hasta ahora, una *radicalización generalizada* de las luchas a nivel mundial. Sin embargo, dentro de ese panorama global, EE.UU. se destaca por venir *más atrás*. Las respuestas han sido muy desiguales de región a región y de país en país. En América Latina, sobre todo en países como Venezuela, Bolivia y Argentina, es quizá donde más se viene peleando. Europa también presenta un panorama desigual, con más luchas en Francia y Gran Bretaña. En China, donde está hoy la clase obrera más numerosa del mundo, se han producido algunos estallidos violentos, pero sin continuidad y, al parecer, sin organización ni políticas claras más allá de las manifestaciones de furia de las masas. Estados Unidos, el epicentro de la crisis mundial, muestra evidentemente un mayor retraso. Éste es el principal motivo por el cual la patronal estadounidense, como hemos visto, ha podido avanzar más que sus pares de Europa en descargar la crisis sobre las espaldas de los trabajadores.

Un factor fundamental a nivel mundial de este desarrollo desigual entre la profundidad de la crisis, sus consecuencias para las clases trabajadoras y las respuestas del movimiento obrero es el de las *burocracias sindicales*: sus frenos y traiciones han jugado un papel decisivo.

PROCESOS DE RECOMPOSICIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Pero, contradictoriamente, esta situación global y el rol de los aparatos burocráticos están dando impulso a procesos de *recomposición del movimiento*

posguerra hasta principios de los 60. Esta “coalición” electoral incluía los corruptos aparatos del Partido Demócrata de los grandes municipios del Norte, los sindicatos obreros, las minorías (raciales, nacionales y religiosas), los *farmers* “progresistas” y los estados del Sur (que habían quedado atrás en el colosal desarrollo capitalista).

obrero. Se trata de un fenómeno complejo, con infinidad de expresiones dispares, que abarca a la vanguardia obrera en muchos países y que además es *estratégico* para la izquierda revolucionaria.

El motivo profundo que hoy está detrás de estos procesos de recomposición es que las antiguas estructuras del movimiento obrero y sus aparatos burocráticos han demostrado ser *incapaces de defender a los trabajadores* de los ataques capitalistas, ahora agravados por la crisis. Los procesos de recomposición, en los cuales actúan distintas vanguardias, venían de antes. Pero hoy la crisis le da incentivos más poderosos.

Efectivamente, las burocracias sindicales y las estructuras del viejo movimiento obrero están demostrando su absoluta ineptitud –traición, en el caso de los burócratas– frente a las consecuencias de la crisis y los ataques patronales. De la misma manera que las corrientes políticas afines a ellas no promueven ningún tipo de medidas “reformistas” frente a la crisis, las burocracias –sean las asociadas a Obama en EE.UU., al PSOE e IU en España, a la “izquierda” en Francia o al peronismo en Argentina– están dedicadas a desmontar o parcializar cualquier lucha. Por encima de todo, tratan de impedir que los trabajadores respondan *de conjunto* al ataque también *global* de los capitalistas y sus gobiernos.

En las décadas de neoliberalismo –que tiene sus principales determinaciones no tanto en las desregulaciones financieras ni en el mayor o menor “estatismo”, sino en las profundas derrotas de la clase obrera a nivel mundial–, las burocracias “obreras” acentuaron sus rasgos *degenerativos*. Uno de los ejemplos es cómo en los países centrales, y también en algunos de la periferia, se desarrolló el fenómeno del “sindicalismo empresario”, conocido en EE.UU. como “corporate unionism”, algo que ha jugado, como veremos, un rol de primera línea en la más grave derrota del movimiento obrero estadounidense frente a la crisis: la traición de la UAW (United Auto Workers) en la General Motors.

Pero la degeneración de las burocracias bajo el neoliberalismo no se limita a eso. A la estatización de los sindicatos, ya advertida por Trotsky en los años 30, se añade la sumisa integración de las burocracias a organismos de “concertación” gobierno-patronal-sindicatos. Más en general, la regla es que hoy los burócratas, para tener mayor poder de negociación, ni siquiera desarrollan seriamente algunas luchas por objetivos puramente económicos y “reformistas”. En el caso de EE.UU., ya no existen burócratas como el famoso John L. Lewis –de la United Mine Workers of America y uno de los fundadores del CIO (Congress of Industrial Organizations)–, que en plena guerra mundial se permitía hacerle huelgas enormes a Roosevelt para arrancarle conquistas.

Sin embargo, aunque la cuestión antiburocrática juega un papel central, los procesos de recomposición del movimiento obrero combinan un complejo de elementos y necesidades: entre ellas, la de adecuar las organizaciones obreras a los cambios producidos *en la misma clase trabajadora*, en la organización del trabajo, en las condiciones de producción, etc., que el capitalismo cambia permanentemente. Se trata de grandes transformaciones con distintos ingredientes,

como el desarrollo de nuevos sectores asalariados y la caída de otros, la fragmentación impulsada por el capitalismo para mantener un núcleo relativamente “permanente” de trabajadores calificados rodeado de “círculos concéntricos” de parias con bajos salarios, las migraciones masivas tanto de trabajadores como de ramas de la producción, el relativo desarrollo de sectores de transporte y servicios, etc.

En el caso del movimiento obrero estadounidense, todos estos problemas se dan a *escala gigantesca*: la presencia de una las más podridas burocracias sindicales que “administra” un largo sometimiento político de los trabajadores al Partido Demócrata se combina con cambios inmensos, en una escala como no se ha dado en la clase trabajadora de ningún otro país desarrollado: migraciones masivas han transformado la estructura étnica y cultural de la clase obrera, al mismo tiempo que se producía la mudanza de ramas enteras de la producción a otras regiones de EE.UU. o a otros países, como China.

LOS TRABAJADORES Y LOS BURÓCRATAS SINDICALES FRENTE A LA CRISIS: REPUBLIC WINDOWS AND DOORS Y GENERAL MOTORS

La elección de Obama en 2008 pareció a muchos que podía iniciar una nueva época para el movimiento obrero. Se creía que la aprobación de la Employee Free Choice Act (EFCA), prometida por Obama, abriría las puertas a una sindicalización masiva, como había ocurrido en épocas de Roosevelt con la Wagner Act.

Sin embargo, más alentadores y sustanciales que la demagogia del “cambio” fueron algunos procesos de lucha que tuvieron resonancia antes de subir Obama. Ya en 2007 había tenido repercusión la pelea por sindicalizarse de los obreros de la inmensa planta procesadora de cerdos Smithfield en North Carolina, la mayor del mundo. Era un desafío estratégico a la norma del “*open shop*” –empresas sin ningún tipo de sindicato, ni siquiera burocrático– impuesta en las nuevas industrias del sur de EE.UU.

Pero el conflicto de más repercusión fue en 2008: la ocupación de la Republic Windows and Doors. Por los medios de comunicación, trascendió al gran público e incluso internacionalmente. Esto no fue casual: la insólita ocupación de una fábrica, aunque de mediana envergadura, pegaba en un nervio muy sensible de la burguesía y, también, de sectores de masas: evocaba las violentas luchas y ocupaciones de la Gran Depresión. Por eso fue noticia mundial. La lucha de Republic Windows and Doors se saldó con un triunfo muy parcial, pero alentador teniendo en cuenta los 30 años de retroceso del movimiento obrero estadounidense.

Sin embargo, estas perspectivas estimulantes con que se abrió 2009 cambiaron rápidamente por completo.

Por supuesto, el proyecto de la Employee Free Choice Act quedó archivado junto al resto de las promesas burladas de Obama. Las ilusiones de que la EFCA, como la Wagner Act de tiempos de Roosevelt, presidiría una ola de sindicalización

zación, se desvanecieron. Y poco después de la Republic, el movimiento obrero estadounidense sufriría *una de sus peores derrotas*: la traición de la burocracia de la UAW en General Motors.

Naturalmente, era simplemente ridículo esperar sentados, sin hacer presión alguna, que el nuevo gobierno de Obama dictara la EFCA u otras medidas favorables al movimiento obrero. La misma Wagner Act de 1935 fue producto de que EE.UU., desde 1934, se estaba incendiando con violentas luchas obreras, ocupaciones de fábrica, huelgas y piquetes armados, que en algunos casos llegaron a constituir milicias de hecho.

En cambio, en 2009, con Obama, los burócratas de la AFL-CIO y de la Change to Win Federation (las dos centrales sindicales) se dedicaron a imponer *la más absoluta desmovilización*. Y aun ahora, a pesar del incumplimiento de todas las promesas presidenciales, siguen empeñados en desarmar cualquier lucha:

“Bajo el gobierno republicano, los dirigentes sindicales decían que todos los recursos había que volcarlos a hacer elegir a los demócratas, y no a hacer movilizaciones o protestas. Pero ahora, bajo los demócratas, dicen que debemos trabajar con nuestros aliados, lo que significa que tampoco hay que hacer movilizaciones o protestas” (Lee Sustar, “Can Trumka deliver?”, *Socialist Worker*, 22-9-09).

Pero la burocracia no sólo puso el freno: cometió *una de los peores traiciones de la historia del movimiento obrero norteamericano*. Esto ha implicado una *derrota que castigó al conjunto* de la clase trabajadora.

Se trata del acuerdo del sindicato del automóvil UAW (United Auto Workers) con el gobierno y la patronal, en relación con la quiebra de General Motors. Con esto, señala un comentarista, “la UAW ha seguido su larga política de asociación con la patronal, que ha terminado convirtiendo al sindicato –a través de la inversión de sus fondos de obras sociales– en el mayor accionista de la General Motors, junto con el gobierno de EE.UU.” (Lee Sustar, “US labor in the crisis - Resistance or retreat?”, *ISR 66*, July-August, 2009). A cambio de esto, los burócratas recibieron un puesto en el directorio de GM. Luego, ya en el doble papel de patrones y “dirigentes obreros”, firmaron un “acuerdo” aceptando no sólo miles de despidos sino también *resignar todas las conquistas históricas de la UAW* en materia de salarios, normas de trabajo, pago de horas extras, etc. Además, dispusieron la *prohibición por seis años de huelgas y conflictos*. Esto implicó que los trabajadores de GM descendieran bruscamente al nivel de las nuevas plantas de automóviles no sindicalizadas.

Pero las consecuencias de esta traición *afectaron a toda la clase trabajadora*. Es que desde los años 30 los convenios colectivos de la UAW servían como referencia “máxima” para el conjunto de la industria. ¡Esta traición empujó a todos hacia abajo!

El desastre de la UAW, combinado con escandalosas peleas de perros entre las dos centrales de la burocracia sindical para robarse seccionales y afiliados y con su pasividad total frente a Obama, dispó los ánimos que había generado la ocupación de la Republic.

Todo esto afectó, en primer lugar, a los obreros industriales. Pero también golpeó a amplios sectores de empleados públicos, que hasta el momento habían sido los menos afectados relativamente por las derrotas del ciclo neoliberal. Así, pudieron pasar sin resistencia los despidos masivos de empleados iniciados por Schwarzenegger en California, seguidos por los demás gobernadores, tanto republicanos como demócratas.

Además, el método de *convertirse en “socios” de las empresas* –de pasar de sindicalistas a integrantes de la patronal, como en GM– ha encontrado numerosos imitadores entre los burócratas sindicales del sector estatal.

Hasta la crisis, los estatales, entre los cuales hay un amplio número de maestros y profesores, habían sido el sector relativamente menos castigado en los años de neoliberalismo. Las burócratas aprovecharon eso para expandir las organizaciones sindicales en el sector público, tratando de compensar así el grave retroceso de los sindicatos de industria. Pero ahora tanto los estados como el gobierno federal están ahogados por el rojo en sus presupuestos, y además tapados de deudas. Y, como antes explicamos, no se trata de salir de eso aumentando los impuestos a los más ricos ni a las corporaciones, ni disminuyendo los gastos de guerra.

Uno de los métodos para reducir presupuesto es el de sacarse encima la educación pública mediante el sistema de “charters”. Es la entrega de la educación pública a “fundaciones” y empresarios privados, una “reforma” que tiene su punto nodal en hacer trabajar a los docentes con salarios de hambre y en condiciones de esclavitud laboral. En esas condiciones, prominentes burócratas sindicales se ofrecen para ser “socios a toda costa” de esas privatizaciones.³⁶

LAS DERROTAS BAJO EL NEOLIBERALISMO

Lo sucedido en los primeros meses de Obama no sólo coronó en EE.UU. las derrotas de la era neoliberal. También vino a ratificar que es *de vida o muerte* para la clase trabajadora de EE.UU. la recomposición del movimiento obrero, comenzando por un amplio cambio de sus direcciones burocráticas.

Las derrotas de la era neoliberal, a partir de los 80, alcanzaron en EE.UU. un profundidad como posiblemente no tuvieron en otras latitudes. Esto comenzó con el aplastamiento en 1981 de la huelga del sindicato PATCO (Professional Air Traffic Controllers Organization) por el nuevo presidente Ronald Reagan, que

³⁶ “Ahora, la misma clase de sindicalismo de ‘asociación a cualquier costo’ está llegando a los sindicatos de docentes. En un artículo reciente del *Huffington Post*, el presidente de la AFT, Randy Weingarten, rebautizó a la AFT como ‘emprendedores de las escuelas públicas que intentan nuevos enfoques, que toman riesgos y que buscan emprendimientos prometedores, todo en el afán de mejorar el aprendizaje de los alumnos. Nuestros esfuerzos se ven multiplicados por el enorme respaldo de nuestros socios emprendedores de la educación, cinco de las más importantes fundaciones filantrópicas privadas de EE.UU.’ El dinero fue a parar a nueve sindicatos docentes locales para apoyar diversos proyectos, incluyendo una mayor ‘colaboración’ con funcionarios escolares y el desarrollo de programas que atan el sueldo de los docentes a resultados de exámenes” (Lee Sustar, “Public-sector Workers under the Gun”, ISR, January-February 2010).

abría de esta manera el camino a lo que se conocería como el “neoliberalismo”.

Pero Reagan no sólo derrota una huelga, sino que logró dejar en la calle a todos los trabajadores y también destruir al mismo sindicato. En la historia del movimiento obrero de EE.UU. hubo un antes y un después de PATCO. Es que esto inauguró una política –común tanto a “conservadores” republicanos como a “progresistas” demócratas– de volcar todo el aparato del Estado para reventar los conflictos obreros, desde el uso de tropas contra huelguistas y cárcel a dirigentes y activistas hasta la liquidación de sindicatos que se movilizaran.

Esta respuesta de la burguesía estadounidense era la necesaria mediación para pasar a *una nueva configuración nacional y mundial del capitalismo*: la neoliberal. Por eso, fue un proceso de profundas derrotas obreras no sólo en EE.UU. sino a escala mundial, que sería inmediatamente complementado con la restauración del capitalismo en los mal llamados “países socialistas”. Pero, aunque este proceso fue *mundial*, el *epicentro* de las derrotas obreras estuvo en gran medida en EE.UU.

Es necesario recordar esto para comprender las *dificultades mayúsculas* que tiene la clase obrera norteamericana para dar respuestas a la medida de los ataques generados por la crisis.

PATCO significó no sólo una derrota para toda la clase trabajadora, sino también el fin de la edad dorada de los burócratas sindicales yanquis, cuando “en los 50 y 60, los dirigentes del Big Labor (los grandes sindicatos) y del Big Business (el gran capital) negociaban contratos colectivos de millones de trabajadores, y el Big Government (el gran gobierno) actuaba de árbitro... Pero, ya en los 70, la ‘América corporativa’ decidió *declarar la guerra a los sindicatos*, que continúa hasta hoy” (Lee Sustar, “US labor...”, cit.).

El ideal de la mayoría de la patronal estadounidense es el “open shop”: es decir, que *no exista* organización sindical alguna, siquiera controlada por las burocracias más podridas y entreguistas.

Pero esta guerra unilateral, que lleva más de 30 años, nunca fue respondida en serio por una burocracia cuya principal preocupación es impedir, muchas veces con métodos mafiosos, que surjan protestas o movimientos desde las bases. Como si estuviese en los tiempos de Roosevelt, la burocracia sólo sabe refugiarse en la cueva del Partido Demócrata... aunque hoy existe una “pequeña” diferencia: a diferencia de Roosevelt, Obama *no les tira ni un hueso*.

DEL “AMERICAN DREAM” AL “AMERICAN DOOM”:

LAS OLAS MIGRATORIAS Y LAS TRANSFORMACIONES DE LA CLASE TRABAJADORA

Como en otros países, la recomposición del movimiento obrero estadounidense tiene, entonces, en el *centro* del escenario, las cuestiones de la *burocracia sindical* y de la *independencia política* de los trabajadores respecto de los partidos del sistema (en este caso, el Partido Demócrata).

Pero, en este caso, como ya dijimos, esos aspectos están inseparablemente ligados a los inmensos cambios que ha experimentado la clase trabajadora, y

que tienen que ver con rasgos de fundamental importancia de la formación económico-social de EE.UU.

Estados Unidos y su clase trabajadora se fueron constituyendo (y reconstituyendo) por sucesivos aluviones y procesos migratorios (algunos nada voluntarios, como los africanos cazados para ser esclavos). Ésta es la clave de muchas cosas, entre ellos del poderoso mito del “American Dream” y del consiguiente “reformismo” y debilidad de las expresiones políticas independiente de la clase obrera.

Como advertía León Trotsky, el desarrollo del socialismo revolucionario y del clasismo en los trabajadores de EE.UU. (provenientes de sucesivas migraciones) encontraba obstáculos insalvables “en el país de las oportunidades ilimitadas”.

El “American Dream” –el “sueño (norte)americano”– prometía más o menos lo siguiente: “Hoy eres un paria, un esclavo, te revientas trabajando, pero mañana tu hijo puede llegar a ser presidente o millonario. ¡Nada es imposible en la tierra de las oportunidades sin límites!”

¡No es casual que el discurso de asunción de Obama comenzara con este tema! Él mismo fue elegido por un sector del establishment para personificar el mantenimiento de ese mito esencial para que los trabajadores se dejen explotar mansamente con el anzuelo del “ascenso” social.

Pero aunque eso tuviese mucho de mitológico, el capitalismo pudo poner en otros momentos abundante carnada en esos anzuelos. Gracias al vertiginoso progreso capitalista de EE.UU., las sucesivas oleadas migratorias fueron –por lo menos parcialmente– elevándose. Y nuevas oleadas de otros orígenes ocupaban su lugar en los subsuelos de la sociedad.

Así, muchos descendientes de los obreros europeos de la época del movimiento por las 8 horas y de los Mártires de Chicago en la década del 1880, o de los trabajadores de los horriblos mataderos descritos por Upton Sinclair en 1905 en su famosa novela *The Jungle*, fueron trepando en la escala social. Sus lugares hoy los ocupan otros inmigrantes: latinos, haitianos y otros caribeños, paquistaníes, etc., y también afroamericanos de migraciones interiores de EE.UU.

Hoy, la presente crisis (coyunturalmente) y el curso de decadencia de EE.UU. (estructuralmente) han venido agotando este mecanismo del “American Dream”. Lo que está en curso es el “American Doom” (la maldición norteamericana): el descenso económico-social más o menos vertiginoso de millones de estadounidenses.

EL DESAFÍO DE LAS NUEVAS GENERACIONES DE TRABAJADORES, LOS INMIGRANTES Y LAS NUEVAS INDUSTRIAS

El titular de una publicación que informaba de la lucha de los trabajadores de la planta de Smithfield en North Carolina por sindicalizarse decía así: “Negros y latinos se unen para luchar por la sindicalización” (Patrick O’Neill, “Blacks and Latinos join to fight for union”, *National Catholic Reporter*, 21-9-

07). No es casual que la composición de los trabajadores de la Republic Windows and Doors presente el mismo panorama: la mayoría de sus trabajadores eran de origen latino y afroamericano.

Como ya señalamos, las sucesivas etapas de la clase trabajadora y del movimiento obrero estadounidense han estado estrechamente relacionadas con las migraciones exteriores o interiores, y también con los desplazamientos de la industria dentro del país.

Esto se ha combinado también con un *recambio generacional*. Como advierte Immanuel Ness, que ha estudiado la recomposición del movimiento obrero, particularmente en Nueva York, los burócratas sindicales “protegían a núcleos de trabajadores de mayor edad a expensas de los más jóvenes... no preservaban un salario digno para quienes entraran en la fuerza de trabajo en las décadas posteriores... Esos trabajadores sindicalizados [con el tiempo] se fueron retirando y fueron reemplazados por recién llegados que no tenían salarios, beneficios ni seguridad equivalentes... Así, muchos sindicatos perdieron contacto con los nuevos trabajadores” (Immanuel Ness, *Immigrants, Unions and the New U.S. Labor Market*, Temple University Press, Philadelphia, 2005, p. 182).

“Además de este ataque inmediato, la clase trabajadora de EE.UU. enfrenta un cambio epocal como resultado de *tres crisis combinadas*: una crisis *económica* prolongada que llevará al cierre de plantas y despidos (‘reestructuraciones’, en la jerga patronal); una transición *generacional* en la que los trabajadores más jóvenes descubren que los empleos sindicalizados y con paga digna que tuvieron sus padres ya no existen, y un gran cambio *demográfico* por el cual los inmigrantes representan un creciente porcentaje de la clase trabajadora. Antes de evaluar las perspectivas para el resurgimiento del movimiento obrero, debemos tener en cuenta estos desarrollos y comprender sus implicancias económicas, sociales y políticas” (Lee Sustar, “US labor...”, cit.).

A este respecto, el autor citado, comentando un reciente libro de Kim Moody —uno de los más importantes estudiosos del movimiento obrero de EE.UU. y también fundador de *Labor Notes*, periódico sindical independiente—, señala: “En medio de la última escalada de la guerra sin cuartel de los patrones contra los trabajadores hay también signos de la posibilidad de una renovación. El 1º de mayo de 2006, millones de inmigrantes y adherentes a su causa marcharon en las ciudades por todo EE.UU. contra el proyecto de ley nacional que criminalizaría a entre 12 y 14 millones de personas indocumentadas en Estados Unidos. Como señala Moody, las compañías pertenecientes a industrias que dependen fuertemente del trabajo de los inmigrantes —desde los camioneros del puerto de Los Ángeles-Long Beach hasta los empacadores de carne, textiles y servicios de jardinería— cerraron ese día, demostrando el poder del trabajo inmigrante en esos sectores. Estas acciones revivieron el 1º de Mayo como Día Internacional del Trabajador en el país donde comenzó esa tradición durante la lucha por la jornada de 8 horas en 1886. Las marchas fueron una de las más grandes demostraciones del poder de los trabajadores que se hayan visto en EE.UU. en los últimos años.

“El impacto de las manifestaciones por los derechos de los inmigrantes puso de relieve grandes cambios demográficos en la población de EE.UU., especialmente en la clase trabajadora. Moody ve la prominencia del trabajo inmigrante como una prueba de la tercera gran transformación demográfica en la clase trabajadora de EE.UU., luego de la primera ola de inmigrantes hacia el 1900 y los cambios que tuvieron lugar a mediados del siglo XX con la migración masiva de afroamericanos a las ciudades, al norte y a la industria, junto con la entrada en gran escala de las mujeres a la fuerza de trabajo. Cada uno de estos cambios planteó desafíos al trabajo organizado, que a veces estuvo a la altura de las circunstancias (uniendo a los trabajadores blancos y negros en la vieja CIO de las industrias de producción masiva, por ejemplo), pero frecuentemente no ocurrió así. Hoy en día, observa Moody, ‘los inmigrantes ya están tratando de organizarse de diversas maneras’” (cit.).

Combinado con esto, el camino de la recomposición del movimiento obrero estadounidense pasa por *organizar las nuevas industrias del Sur de EE.UU.*, que contrastan con la decadencia de antiguos centros industriales del Norte, cuya máxima expresión es la ruina de Detroit: “En consecuencia, en la posguerra el Sur se convirtió en un lugar atractivo para el capital tanto extranjero como doméstico. La región ha pasado a albergar la mayoría de las plantas de automotores de compañías alemanas y japonesas, ninguna de las cuales está sindicalizada a pesar de los reiterados esfuerzos de la UAW para organizar a los trabajadores. La pintura es similar en otras industrias: hacia el año 2000, un 30 por ciento de los empleos en la manufactura estaban en el Sur” (cit.).

Una causa de estos fracasos es que los viejos aparatos burocráticos cargan en el Sur de EE.UU. con la responsabilidad de no haber combatido el racismo y la segregación, tanto por fuera como por dentro de los sindicatos. Otro motivo importante es que las viejas estructuras burocráticas prefieren que en los establecimientos no haya organización sindical alguna a que ésta se imponga encabezada por activistas independientes.³⁷

La clase trabajadora estadounidense y sus activistas están, de esta manera, ante desafíos inmensos. Sin embargo, las transformaciones sufridas, en primer lugar la inmigración (que logró el milagro político de revivir el 1º de Mayo), pero también el recambio generacional y los nuevos sectores industriales, están creando condiciones objetivas y subjetivas para que haya cambios que, por los antecedentes del movimiento obrero de ese país, muy probablemente no van a ser “evolutivos”.

³⁷ “Aun cuando el trabajo se ha abierto camino en el Sur, la búsqueda de los sindicatos de socios empresarios y su rechazo al activismo de base cae muy mal y encuentra fuerte resistencia. Un ejemplo particularmente revelador de esto es la lucha de los Cinco de Freightliner, dirigentes del sindicato UAW de una planta de camiones de Carolina del Norte. Cuando estos trabajadores dirigieron una huelga en abril de 2007, los despidieron. Cuatro de ellos habían sido dirigentes del comité organizador que había ayudado a obligar a la empresa a reconocer a la UAW unos años antes. Sin embargo, en vez de defender a estos dirigentes militantes –tres de ellos eran negros, otra era una compañera–, la UAW les quitó la afiliación a través del presidente del sindicato local” (cit.).

La burguesía estadounidense logró infligir duros golpes a su clase trabajadora. Sin embargo, aquí se está cocinando una “mezcla explosiva” que el día de mañana puede estallar con consecuencias incalculables. Uno de los posibles detonadores también está en desarrollo: el “sueño americano” de ascenso social como resultado de trabajar duramente está en crisis. Y es muy difícil que puede recobrase esta profunda fuente de legitimidad del sistema.

6. ¿Adónde va Obama? ¿Adónde va Estados Unidos?

Aunque ambas cuestiones se solapan, las respuestas a estas preguntas son, por supuesto, de distinto alcance.

Hasta ahora, Obama ha venido cumpliendo una trayectoria prevista antes de asumir. Los pronósticos sobre las cortísimas dimensiones de su “cambio”, que recordamos al principio, se han verificado con creces. Es que, como se apuntaba en esta revista en vísperas de su presidencia, “ni Obama ni la situación de EE.UU. aparecen iguales a las de Roosevelt ni a los años 30. [En esos años] EE.UU. seguía su curso ascendente como principal potencia económica mundial, posición luego ratificada en la Segunda Guerra. Hoy, EE.UU. se halla en una posición estructuralmente más débil... En estas condiciones, lo más probable es que se esté frente a un intento de ‘neoliberalismo regulado’...” (José Luis Rojo, “¿Adónde va EE.UU.?”, *Socialismo o Barbarie* 22, noviembre 2008).

Esto se ha conjugado, además, con la situación del movimiento obrero y social en EE.UU., que acabamos de describir. El resultado ha sido esa combinación de *liberal-keynesianismo* a nivel de la economía, de un adelgazamiento o fiasco total de las mini reformas prometidas (como la del sistema de salud y la de sindicalización, respectivamente) y, en el frente externo, de un “neoconservadorismo progresista” que ha significado la continuidad de las guerras coloniales de Bush, aunque con otra retórica.

Como advertía también el historiador estadounidense Mike Davies antes de la asunción de Obama, el equipo con que iba a gobernar ya daba la pista del rumbo posterior:

“Al acecho para definir sus 100 primeros días se halla ya un equipo de estadistas de Wall Street, de imperialistas ‘humanitarios’, de operadores políticos de sangre helada y de republicanos ‘realistas’ reciclados que darán un latido de entusiasmo a los corazoncitos del Consejo de Relaciones Exteriores y del Fondo Monetario Internacional. A pesar de las fantasías de ‘esperanza’ y de ‘cambio’ proyectadas en la atractiva máscara del nuevo presidente, su administración estará dominada por bien conocidos y mejor preprogramados zombies de centroderecha. Confrontado con la nueva Gran Depresión inducida por la globalización, el barco del estado norteamericano pondrá proa al mundo conocido. [...] No hay la menor esperanza de que aparezca por generación espontánea un nuevo New Deal (o, para el caso, un liberalismo de izquierda rooseveltiano), sin

el fertilizante proporcionado por masivas luchas sociales” (Mike Davies, “Obama y los corazones rotos”, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 9-11-08).

En este cuadro, muchos estiman que la estrella personal de Obama se va a eclipsar ya en el primer período presidencial, por más premios Nobel con que sectores de la burguesía y del “progresismo” estadounidense y europeo pretendan sostenerlo en su rápido desprestigio y debilitamiento: “Los votantes descargarán las frustraciones por su impotencia sobre el presidente... Obama ya va camino a una presidencia de un solo período. Prometió el ‘cambio’, pero no ha hecho ninguno...” (Paul Craig Robert, “El Imperio del Mal”, CounterPunch 6-11-09, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 15-11-19).

No podemos saber, por supuesto, si las cosas serán exactamente así. Una mayor actividad del movimiento de masas en EE.UU. podría cambiar completamente el escenario. Por otra parte, habrá que ver si la desilusión de los votantes de Obama los hará inclinarse automáticamente por un regreso al conservadorismo troglodita. Es que en EE.UU., quizá más que en cualquier otro país del mundo, el antidemocrático sistema bipartidista encuadra a las masas en opciones tan desastrosas como fraudulentas: el “voto castigo” o el “voto por el mal menor”. Si se impone la segunda variante, Obama puede tener esperanzas de permanencia.

Pero los destinos personales de Obama son, en última instancia, secundarios ante la cuestión fundamental, que es la de *los rumbos del imperialismo yanqui*.

¿HASTA CUÁNDO SERÁ “SOSTENIBLE” EL IMPERIALISMO YANQUI?

El análisis marxista, por supuesto, no tiene nada que ver con los ejercicios de “futurología” que se practican en algunos sectores de la derecha del mundo académico-político estadounidense y también en organismos estatales a los que –no sin cierta ironía involuntaria– se denomina de “inteligencia”.

Preguntarse sobre el curso de EE.UU. es ante todo identificar las *combinaciones de tendencias contradictorias* (y las “resultantes” de esos “vectores”) que están actuando en varios niveles: en la economía mundial (en la que EE.UU. sigue estando en el centro), a nivel geopolítico (donde EE.UU. sigue siendo la principal potencia imperialista) y también en las luchas políticas y sociales (tanto en la sociedad estadounidense como fuera de ella). Pero este análisis no es “académico”, sino que lo hacemos como condición imprescindible para tratar de determinar, como decía Trotsky, los “puntos de apoyo para la acción política”.

Por el lugar que ocupa en el sistema mundial de estados, *el curso de EE.UU. se identifica en gran medida con el de la situación mundial*. Tiempo atrás, en 2005, decíamos que “el nudo de la situación [internacional] es el de cuál será el desenlace final de la aventura político-militar emprendida por el imperialismo yanqui después del 11 de septiembre, y que tenía varios objetivos, entre ellos, el de establecer un ‘orden mundial’ en el que EE.UU. jugara un papel

absolutamente hegemónico, ‘superimperialista’. Este objetivo, que esperaba lograr jugando la carta de su poder militar, está fracasando estrepitosamente... Adónde irá a parar esto es el gran interrogante, cuya respuesta va a tener influencia decisiva sobre los futuros desarrollos de la situación mundial...” (Roberto Ramírez, “Tendencias de la situación mundial”, *Socialismo o Barbarie* 19, diciembre 2005, p. 5).

Asimismo, advertíamos que este panorama *cambiaría de conjunto* si ese factor geopolítico se combinaba con el desarrollo de otros elementos que ya estaban presentes pero *en potencia*. En primer lugar, la crisis económica que ya se delineaba en el horizonte³⁸ debido a que “se ha configurado, alrededor del papel central de EE.UU. [en la economía mundial], un ‘encadenamiento’ que a la larga no puede sostenerse tal como hoy funciona” (cit., p. 34). En segundo lugar, el interrogante de si el incipiente movimiento contra la guerra “llegaría a transformarse en una movilización de masas... también con sectores de la clase trabajadora”, y si este ascenso de la lucha de clases daría también lugar al “desarrollo de una alternativa política independiente frente a los dos partidos gemelos de la burguesía imperialista” (cit., p. 58).

La crisis económica, que en aquel entonces aparecía en potencia, *pasó luego arrolladoramente a primer plano*, sin que por eso la trascendencia de la aventura político-militar de EE.UU. en Medio Oriente haya disminuido su importancia. En cambio, el otro factor fundamental, un posible ascenso obrero y popular, ahora incentivado por la desesperante situación en que la crisis ha puesto a amplios sectores, sigue siendo *lo más retrasado*.

Hoy, con la crisis económica en el centro del escenario, también está en cuestión el papel jugado por EE.UU. en la economía y las finanzas mundiales. Como señalamos al comienzo de este artículo, los gobiernos de EE.UU. y de las principales economías han intervenido con sumas billonarias para implementar “rescates”, especialmente de los bancos y entidades financieras. Con esto, lograron frenar (no sabemos hasta cuándo) el curso a una Gran Depresión.

Pero sus operaciones se han detenido allí. No han iniciado ninguna “refundación del capitalismo” (como ciertamente la hubo después de la Gran Depresión, al finalizar la Segunda Guerra Mundial). No ha cambiado, por ejemplo, la “*configuración EE.UU.-céntrica*” de la economía mundial, que ha sido uno de los principales factores disparadores de la crisis, y que es *insostenible por sus desbalances*, una de cuyas consecuencias es que EE.UU. es *el mayor deudor insolvente del planeta*.

Por el contrario, estos desbalances *tienden otra vez a crecer*: el déficit presupuestario alcanzó en octubre pasado un nuevo récord, y el déficit comercial

³⁸ Entonces, “el centro de la escena mundial pasaría a ocuparlo la crisis económica. Pero, en estos momentos, la principal determinación de la situación política mundial no es ésa, aunque a nivel de la economía hay una acumulación de graves desequilibrios que pueden tornar insostenible la actual configuración de una economía mundial estructurada principalmente sobre las relaciones comerciales y financieras de EE.UU. con el resto del mundo” (Roberto Ramírez, “Tendencias...”, cit., p. 7)

en septiembre también registró un importante aumento respecto de agosto. Consecuencia de esto es el *signo de interrogación sobre el dólar* como moneda mundial, situación mediada porque el euro (aunque por distintos motivos) tiene también sus temblores.³⁹

La crisis está poniendo al rojo vivo la imposibilidad de *seguir sosteniendo* la configuración "EE.UU.-céntrica" de la economía mundial, por los desbalances irremediables que acarrea. Pero, al mismo tiempo, está poniendo de manifiesto la imposibilidad de *cambiarla*, porque eso exigiría un *reemplazante* de EE.UU. –no sólo económico sino también geopolítico– que *aún no existe*. Es una *impasse* muy peligrosa.

Esto está generando toda suerte de *tensiones y contradicciones*, entre las cuales las crecientes disputas EE.UU.-China están comenzando a ocupar el primer lugar en el terreno económico, pero también en otros aspectos.⁴⁰ Dialécticamente, estas peleas tienden a hacerse más duras cuanto más íntima ha sido y es la sociedad entre China como principal productor industrial de medios de consumo (y primer acreedor de EE.UU.) y EE.UU. como el gran consumidor de ellos (y deudor en bancarrota).

Esta contradicción no se ha minimizado porque los productores de mercancías chinas para la exportación sean en buena medida corporaciones occidentales, en su mayoría norteamericanas, que se mudaron allí para explotar a los trabajadores bajo las normas impuestas por el régimen del PCCh de capitalismo salvaje, salarios miserables y brutal represión de cualquier protesta.

Las fabulaciones acerca de que la mundialización del capitalismo iría atenuando la significación de los estados nacionales han quedado desmentidas por la crisis. Las superganancias cosechadas por las corporaciones estadounidenses en China y otros países no solucionan los déficits fiscales y de cuenta corriente de EE.UU. ni su endeudamiento fenomenal, que comienza a poner en cuestión al dólar como moneda mundial... al mismo tiempo que ni el euro, ni el yen, ni el yuan están en condiciones de reemplazarlo.

De la misma manera, las inversiones cruzadas entre capitalistas y corporaciones de distintos países no han creado un capitalismo "apátrida" o "supranacional". Ni tampoco ese entrecruzamiento implica que los estados se puedan poner de acuerdo fácilmente cuando aparecen diferencias de intereses, como lo acaba de ratificar la fracasada Cumbre de Copenhague.

En síntesis: la globalización no ha mitigado la *contradicción entre el carác-*

³⁹ Sobre los problemas *estructurales* de la economía mundial y las dificultades para continuar con esa "configuración EE.UU.-céntrica" de la economía mundial, que Obama y el resto de los gobiernos no han tocado, ver R. Sáenz, "El retorno del viejo fantasma", *Socialismo o Barbarie* 22, pp. 28 y ss., y C. Testa, "Causas y consecuencias del tembladeral financiero", *Socialismo o Barbarie* 21, pp. 117 y ss.

⁴⁰ Después de la frustrada visita de Obama a Pekín en noviembre pasado, donde le fue imposible ponerse de acuerdo en nada significativo con el gobierno chino, la Cumbre de Copenhague sobre el clima fue otro escenario de disputa. Sobre estas crecientes tensiones, ver José Luis Rojo, "La necesidad de rebalancear la economía mundial - Sobre EE.UU. y China", *Socialismo o Barbarie* periódico, 17-12-09.

ter mundial de la economía capitalista y el carácter nacional de los estados; por el contrario, esto ha adquirido nuevas y no menos irritantes dimensiones.

Pero todo esto se presenta, insistimos, en un contexto mundial en que se hace cada vez más contradictorio y exasperante que EE.UU. siga en el centro del capitalismo, tal como se ubicó con la Segunda Guerra Mundial (y se mantuvo con el neoliberalismo), sólo porque aún no hay reemplazante.

¿PRIMER PODER MUNDIAL “POR DEFAULT”?

Como comentamos al principio de este artículo, un analista estadounidense rechaza la “decadencia de EE.UU.” como una “falsa profecía”, mediante el método de pasar revista (e ir descartando) a sus posibles reemplazantes. Entonces, *por “default”*, EE.UU. seguirá ocupando el trono mundial sin mayores sobresaltos.

Salta a la vista que este argumento esconde una falacia: una cosa es que EE.UU. no tenga en lo inmediato reemplazantes, y otra que no vaya de mal en peor. Pero esta falacia, como suele suceder, se toma de hechos ciertos.

La Unión Europea compite con EE.UU. en las dimensiones de su economía, pero “un conglomerado de 27 o incluso 16 estados no puede ser un jugador estratégico” (Josef Joffe, “The Default Power”, cit.). China, aunque constituye un poder único, tampoco es competencia: EE.UU. tiene un PBI per cápita 7,9 veces superior.

“La brecha se vuelve escandalosa en el terreno del poder militar, donde EE.UU. juega en una categoría propia. En 2008, gastó 607.000 millones de dólares en ese rubro, lo que representa casi la mitad de todo el gasto militar del mundo entero. Los siguientes 9 países gastaron un total de 476.000 millones, y los supuestos retadores a la primacía militar de EE.UU. –China, India, Japón y Rusia– sumaron juntos sólo 219.000 millones en gasto militar. El presupuesto militar de China, el país más comúnmente propuesto como la próxima superpotencia mundial, es menos de un séptimo del presupuesto de defensa de EE.UU. Aun si se suma a los potenciales adversarios de EE.UU. a los 27 estados de la Unión Europea, que gastan en total 288.000 millones, EE.UU. sigue superándolos a todos: 607.000 millones contra 507.000 millones de dólares” (ídem).

Simplificaciones como éstas esconden tanto las *tendencias adversas* en curso como los parámetros extremadamente *contradictorios* en que EE.UU. ejerce hoy su poder mundial.

Efectivamente, midiendo el producto per cápita, China aún está muy distante de EE.UU. y, lo que es más importante, todavía mucho más lejos a nivel tecnológico. Pero la paradoja es que, al mismo tiempo, China es el principal acreedor de EE.UU., que es un deudor *insolvente*, sin posibilidad a la vista de pagar sus actuales deudas como no sea emitiendo dólares o nuevas deudas.

¿Cómo salir de esto? ¿Acaso EE.UU. puede repatriar su industria radicada en China, imponer a los trabajadores estadounidenses salarios chinos, exportar con éxito, terminar así con el déficit de cuenta corriente e ir reduciendo en forma

“genuina” su endeudamiento? ¿O devaluar el dólar a tal punto que las deudas estadounidenses queden “licuadas”, con la consecuencia del fin del dólar como moneda mundial? ¡Todas las alternativas “categóricas” son igualmente desagradables! ¡Pero seguir tal como hasta ahora (que es el camino decidido por EE.UU. y sus socios de Japón y la UE) es continuar la decadencia, aunque en lo inmediato se evite el crack!

“La brecha exorbitante en el terreno del poder militar” está también inmersa en esas contradicciones. Es que las fenomenales dimensiones del aparato militar estadounidense contrastan con la *crisis de sus guerras coloniales*. Una salida a esta situación es el renovado impulso dado a la OTAN, después del “unilateralismo” de Bush. Pero los socios militares de EE.UU., a excepción del Reino Unido, no asumen un compromiso proporcional.

Esto es un hecho de fundamental importancia para caracterizar los problemas del imperialismo yanqui... y las conclusiones son opuestas a las de Joffe. Lo increíble –y que resalta otra dimensión de su decadencia– es que el gasto militar más grande de la historia y también el mayor del mundo sea incapaz de ganar categóricamente guerras coloniales contra pequeños países del Tercer Mundo. Billones de dólares de gasto militar son una sangría doblemente escandalosa porque se produce cuando la crisis social hace que uno de cada cuatro niños pase hambre en EE.UU. Pero, con todo ese gasto, ese ejército está hoy desmoralizado. En Afganistán, no ha podido derrotar a la guerrilla, y en Iraq logró una precaria estabilidad no combatiendo sino principalmente sobornando a algunos jefes de una resistencia dividida desde el comienzo. Pero ahora incluso hasta ese “éxito” amenaza perderse.

Hay que considerar, además, que un “superpoder” militar no puede estar a merced de “una decisión de prestamistas extranjeros de dejar de financiar a un país que pretende ser una potencia hegemónica con el derecho y la virtud de imponer su voluntad al resto del mundo. EE.UU. puede estar en guerra en Iraq y Afganistán, y puede iniciar enfrentamientos con Irán, Pakistán y Rusia, porque los chinos, los japoneses y los fondos soberanos de los reinos petroleros financian las guerras y los presupuestos militares de EE.UU. Aparte de armas nucleares, que también poseen otros países, EE.UU. no tiene activos propios que le sirvan para continuar su control militar sobre el mundo” (Paul Craig Roberts, “¿Una superpotencia hegemónica... dependiente del capital extranjero?”, Information Clearing House, 24-9-08, en www.socialismo-o-barbarie.org, edición del 28-9-08).

DECADENCIA, NO DERRUMBE

Las tendencias y elementos de *decadencia* de EE.UU. nos parecen no sólo *indiscutibles*, sino *en progresión*. Al mismo tiempo, no estamos aún en medio de un derrumbe del imperialismo yanqui, lo que significaría un *cambio cualitativo* de la situación mundial. Esto es lo que permite a los “cerebros” del Council for Foreign Relations sostener el consuelo del “imperialismo por default”.

Hay factores contradictorios: alrededor del imperialismo yanqui siguen agrupándose, no sin tensiones y discordancias, las burguesías de la UE y Japón. De la misma manera, un cortejo de burguesías y gobiernos de países semicoloniales y dependientes continúa a la sombra de Washington. Pero, al mismo tiempo, el debilitamiento indudable de la hegemonía estadounidense ha hecho aflorar una especie de “multipolaridad”, estados y gobiernos que en mayor o menor medida escapan al disciplinamiento casi total que imperó en los 90. Esto refleja distorsionadamente, por arriba, procesos más profundos, como en el caso de América Latina el ciclo de rebeliones populares iniciado con este siglo. En otros casos, expresa también el relativo avance económico de algunos sectores de la periferia... y sobre todo que el epicentro de la crisis está en EE.UU.

Washington trata, a su vez, de acomodarse a eso. Dejando de lado el unilateralismo de Bush, acepta negociar no sólo en el marco de la ONU, sino también de agrupamientos *ad hoc* como el G-20. Pero esta “multipolaridad” que asoma en el horizonte está lejos de augurar un futuro de negociaciones armónicas, según creen algunos. Lo ocurrido en Copenhague es suficientemente elocuente. Por otro lado, basta recordar que el último período histórico “multipolar” fue el que transcurrió entre las dos guerras mundiales.

LA CLAVE SON LAS MASAS TRABAJADORAS DE EE.UU.

El curso de un imperialismo como el de EE.UU. combina, como hemos dicho, una multiplicidad de factores. Pero, entre ellos, es decisivo lo que sucede internamente con la clase trabajadora y los sectores populares. Ningún imperialismo ni imperio (incluyendo los precapitalistas) ha podido sostenerse sin un grado suficiente de consenso, legitimidad y sostén político-social a su interior. Contradictoriamente, muchas veces el “frente interno” resulta ser, en últimas, el *frente principal* para ejercer el dominio imperialista.

Lo sucedido con EE.UU. ratifica esto por acción u omisión. La guerra de Vietnam, por ejemplo, la perdió el imperialismo yanqui tanto en Indochina como en EE.UU. Por eso, si un ascenso obrero y popular tuviese lugar en EE.UU., las aventuras coloniales en Medio Oriente se harían seguramente insostenibles, aunque los motivos inmediatos de las protestas no fuesen directamente esas guerras sino la calamitosa situación social.

El ascenso de EE.UU. al dominio mundial en las dos grandes guerras mundiales del siglo XX no puede desligarse del éxito que la burguesía estadounidense tuvo para conquistar –especialmente con Roosevelt– el consenso y el apoyo activo de las masas para dar esas peleas. Después, en su momento, el fiasco de Vietnam marcó que eso estaba en cuestión. Pero, luego, con el derrumbe del “socialismo real”, primero, y sobre todo con el “Pearl Harbor” de las Torres Gemelas en 2001, pareció que el “frente interno” del imperialismo yanqui se recomponía como en sus épocas de gloria.

No fue así, pero tampoco los resultados han sido categóricos en el otro sentido, lo que es decisivo para que no haya todavía un derrumbe. La clave prin-

principal de eso es el *retraso de las masas estadounidenses*, sobre todo de la clase trabajadora, para *entrar en acción*. Como hemos visto antes, hay desarrollos extremadamente desiguales entre el brutal castigo de la crisis, el desmoronamiento del "American Dream", la impopularidad de las guerras coloniales, la pérdida de legitimidad del sistema y del régimen, por un lado, y las respuestas en acciones y políticas independientes de las masas trabajadoras, por el otro.

Como decimos, este fenomenal "desarrollo desigual" ha sido y es fundamental para que la decadencia no abra paso al derrumbe. Sin embargo, cabe preguntarse: *¿hasta cuándo?* Es que, con toda su profundidad, los terribles sufrimientos de las masas estadounidenses en la Gran Depresión se daban sin embargo en el marco contradictorio del ascenso de EE.UU. al pináculo mundial. Hoy la flecha apunta en sentido contrario. No es el amanecer sino el ocaso, aunque en una fotografía puedan parecer semejantes.

Esto significa, concretamente, que no hay mayores esperanzas para las masas estadounidenses de volver a recorrer el camino del siglo pasado. Es decir, pasar en *cortísimo plazo*, en muy pocos años, de los horrores de la Gran Depresión al pleno empleo de la guerra y luego a la fabulosa prosperidad de la posguerra. Hoy las perspectivas, *sin plazo de finalización*, son el desempleo de masas, los empleos-basura, los bajos salarios y la superexplotación. En suma, el *ajuste permanente* para pagar la montaña de deudas del estado imperialista y garantizar al mismo tiempo las ganancias de las 200 corporaciones propietarias de EE.UU. ¿Hasta cuándo los trabajadores estadounidenses aceptarán esto?